

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

F POLICIACO

DEMASIADOS ACCIDENTES

James West



PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

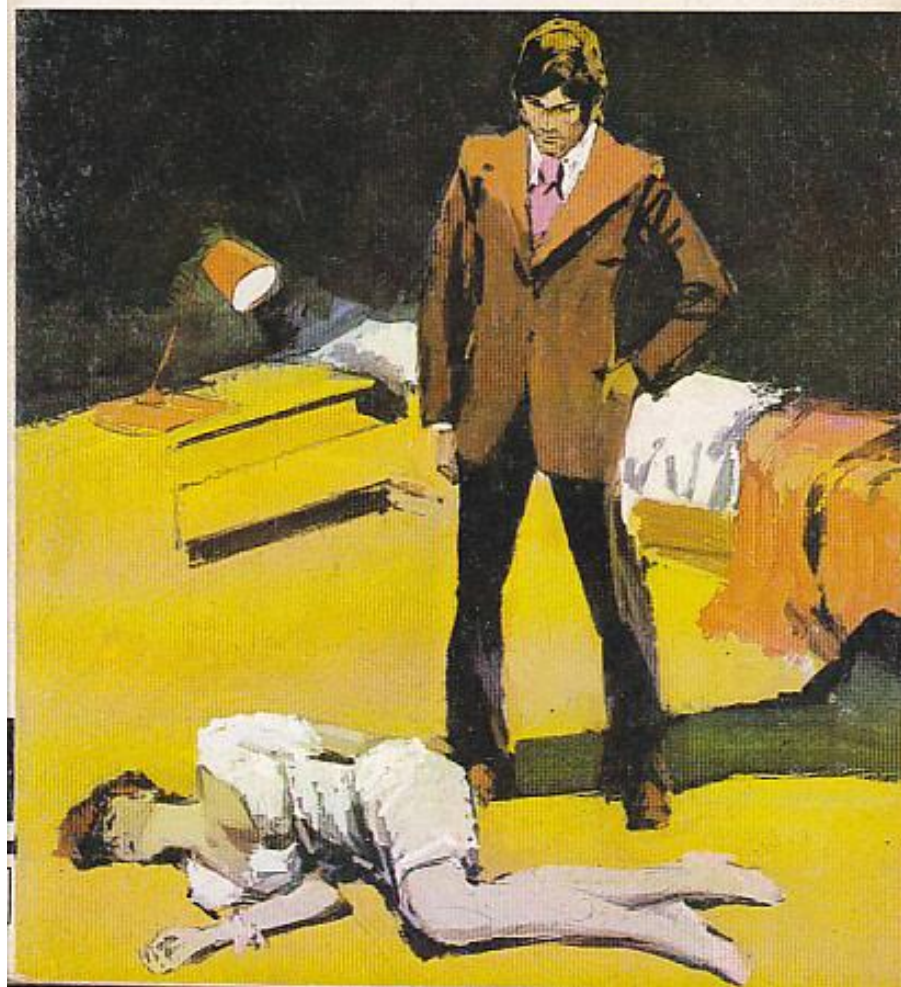
BOLSILIBROS

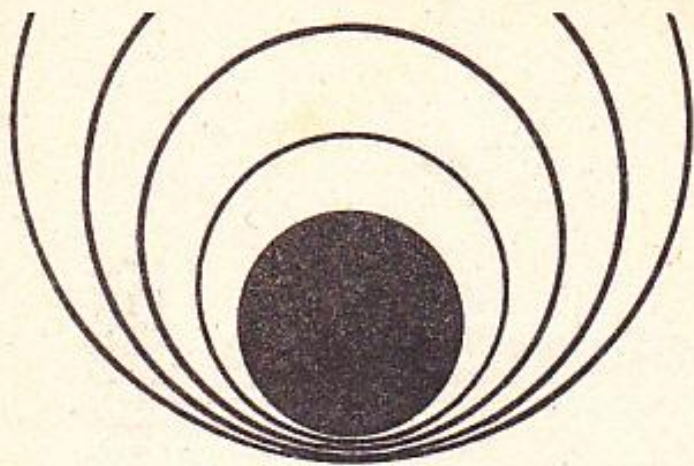


POLICIACO

DEMASIADOS ACCIDENTES

James West





PUNTO ROJO





JAMES WEST

DEMASIADOS ACCIDENTES

Colección PUNTO ROJO n.º 1.159 Publicación semanal

ROJO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ • BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Punto Rojo

ISBN 84-02 02520 X Depósito legal: B. 30.840 1984

Impreso en España Printed in Spain

I * edición en España: octubre. 1984 1 . * edición en América: abril,
1985

© James West - 1984

texto

© Lozano - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Camps y Fabrés, 5.

08006 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N 152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

El panorama no podía ser más desolador. Debía cuatro meses en el aparcamiento, mi saldo en el banco ascendía a dieciocho dólares con cincuenta centavos, y el frigorífico no contenía más que hielo y una lata de *foie-gras* a medio consumir.

Días antes había leído en la prensa que algunos centros hospitalarios pagaban hasta cien dólares a quien se comprometiera, ante notario, a donar su esqueleto a la Ciencia cuando ya no le hiciera falta. Estaba considerando la cuestión cuando alguien golpeó tímidamente el cristal esmerilado de la puerta.

Según mi agenda, esto ocurrió el diez de julio, poco después de las diez de la mañana.

—¿El señor Pat Monroe? —preguntó la recién llegada.

Asentí.

Entró la mujer dejando una estela de perfume en la estancia. Me ofreció su mano de dedos largos, desprovistos de anillos y sin esmalte en las uñas. La invité a tomar asiento, cosa que hizo en uno de los sillones enfrentados a mi mesa.

Debía tener unos veinticinco años, vestía un traje de lino color café con leche, cinturón de cuero marrón oscuro y zapatos haciendo juego. Por lo demás, no parecía haberse tomado demasiado tiempo en maquillarse. Sus ojos, de un gris azulado, denotaban cansancio, el pelo castaño, suelto, descansaba sobre los hombros.

Cuando vio que también yo me había sentado y aguardaba sus palabras, no se hizo esperar.

—Se trata de mi padre. Hace cuatro días que no sé de él. Residimos en Las Islas; tenemos allí una empresa dedicada al desguace de buques. Vino a la ciudad por un asunto relacionado con este negocio. Embarcó el pasado día cinco, por la tarde; la mañana del seis me llamó para decirme que había llegado... Le pedí yo que hiciera este viaje. Dura pocas horas, pero mi padre está a punto de cumplir setenta años... Desde entonces no he vuelto a tener noticias suyas. Llegué a la ciudad el domingo, es decir, hace dos días. He denunciado a la policía su desaparición; sé que lo están buscando, pero comprendo que para ellos la desaparición de mi padre es un caso más... Señor Monroe, quiero que se ocupe usted de buscarlo también, y que emplee en ello

todo su tiempo, sin regatear gastos...

Sus manos temblaron ligeramente cuando dejó sobre la mesa la fotografía que acababa de sacar del bolso. En ella vi a un hombre alto, delgado, que no aparentaba más de sesenta años. Vestía pantalón blanco y una especie de sahariana beige. Amenazaba bromeando a alguien que estaba al otro lado de la cámara, con un bastón de bambú.

—Es de hace unos meses —indicó apoyando levemente la cabeza sobre el respaldo del sillón. Luego preguntó—: ¿Acepta usted?

—Investigar sobre una desaparición es algo que hacemos con frecuencia —manifesté, procurando olvidar que mi única experiencia en desapariciones había tenido que ver con un caniche.

Cogí el bloc de notas y me puse manos a la obra.

—¿Cómo se llama su padre?

—John Harvey. Perdón, ahora me doy cuenta de que no me he presentado; soy Jessica

Harvey.

—Su padre vino a la ciudad por asunto de negocios, y una vez terminado pensaba regresar cuanto antes a Las Islas, ¿no es así?

Miss Harvey asintió, añadiendo a continuación:

—Debía entrevistarse con el naviero Alfred Marshall... He sabido por la policía que mi padre no acudió a la cita.

—¿Dónde se hospeda su padre?

—En el Chancellor Hotel. Ocupo su misma habitación. Hablé con la gerencia, les expliqué lo que pasaba y no aportaron ningún dato de interés... La policía ha estado registrando sus cosas.

Jessica Harvey pareció perder momentáneamente parte de su aplomo. Se humedecieron sus ojos acentuando el tono azulado. Me levanté con la tabaquera en la mano y la abrí para que cogiese un pitillo.

La punta del Camel se tornó incandescente por efecto de la aspiración, las aletas de su nariz se agitaron al exhalar el humo blanquecino.

—Explíqueme un poco cómo es su padre. Por ejemplo: ¿Suele viajar con frecuencia?

¿Es olvidadizo? ¿Cuál es su estado de salud? A juzgar por la foto, su aspecto parece inmejorable.

—Suele hacerse dos chequeos al año. Padece de úlcera, pero se cuida. Hace años que no prueba el alcohol y lleva al pie de la letra todo lo prescrito por los médicos. Es hombre metódico, enemigo de precipitaciones. Ronald, su socio, le dice bromeando que funciona como un Longines... Ronald Sarandon es quien va de un lado a otro del país. Se reparten así el trabajo. En tanto que mi padre se ocupa de la administración del negocio, Ronald lo hace del trato directo con los vendedores y clientes... Mi padre llevaba cinco años sin salir de Las Islas, pero éste era un viaje corto, y quiso hacerlo él...

—¿Y su madre?

—Murió al poco tiempo de nacer yo. Mi madre tenía un hermano que marchó a la Argentina, pero hace muchos años que no tenemos noticias suyas. La familia se reduce a la mínima expresión; tampoco existe miembro vivo alguno por la rama de mi padre.

—¿Cuántos días pensaba su padre permanecer en la ciudad?

—El no me lo dijo, pero según Ronald, el asunto a tratar con el naviero le ocupada dos o tres días... En la maleta había lo imprescindible para ese tiempo. ¿Qué podía hacer él en una ciudad donde no conoce a nadie?

—¿Ha advertido a la policía que pensaba contratar los servicios de un investigador?

—No. ¿Por qué había de hacerlo? Me importa bien poco si les molesta; después de todo, hasta el momento sólo he recibido de ellos respuestas ambiguas, intentos de tranquilizarme y nada más —declaró con cierta acritud.

Me entretuve unos segundos repasando las notas que había estado tomando.

—¿Recuerda cómo iba vestido en el momento de emprender el viaje?

—Traje de rayadillo, corbata azul pálido, sombrero Panamá, y bastón.

—¿Necesita de ese bastón para andar?

—Asegura que se siente a gusto con él, y que si no lo lleva le falta algo... Lo cierto es que nunca se lo he visto utilizar como apoyo.

—Bien, —resumí, cerrando el bloc de notas—; eso es todo, por el momento. Deberá

darme sus señas...

Jessica Harvey aplastó el resto del Camel en el cenicero.

—Como ya le he dicho estoy en el Chancellor Hotel, habitación 325. Me tendrá pegada al teléfono. Supongo que lo habitual en estos casos será adelantar cierta cantidad para los primeros gastos —dijo, abriendo el bolso de nuevo para sacar un talonario y un diminuto bolígrafo metálico. Escribió sobre una de aquellas hojas ligeramente azuladas, dio un pequeño tirón y la puso a mi alcance.

Tuve que hacer uso de toda mi sangre fría para no dar un grito: «Páguese al portador la cantidad de cincuenta mil dólares», leí.

—Perfectamente —logré articular—. Le extenderé un recibo.

Cuando miss Harvey hubo salido retuve el talón entre las manos y releí la cifra. No. no estaba soñando.

* * *

Por supuesto mi primera preocupación fue hacer efectivo el cheque. Me embolsé unos cuantos billetes, el resto pasó a engrosar mi pobre cuenta.

Saldé mi deuda en el aparcamiento; pasé por la gasolinera y el lavacoches. El verde metálico de mi Ford resurgió de entre una densa capa de barro y polvo adherida desde el pasado invierno.

Después me di una vuelta por la pizzería de Bruno.

—De nuevo en la brecha —comentó Bruno.

—¿Qué te lo hace pensar?

—No hay más que verte. Hecho un figurín y con el coche en la puerta...

Bruno D'Agostino y yo crecimos juntos. El mismo barrio, el mismo colegio, la misma tirria por las matemáticas y los ríos de Asia, la misma pandilla... En el tiempo en que cierta pelusilla afloraba en algunas partes de nuestro cuerpo, participamos en una de esas reyertas de barrio. Terminamos en la sala de un hospital sometidos a observación, cubiertos de vendas y pintarrajeados de mercromina.

Aquello selló nuestra amistad.

—En fin, que sea para bien —sentenció, sentándose a horcajadas sobre una silla y cogiendo uno de mis pitillos.

—No irás a soltarme la monserga de siempre, espero: «Busca algo estable, ya no tienes veinte años, encuentra una buena chica, cástate... Lo tuyo es de psiquiatra...»

Bruno D'Agostino me miró con los ojos que pondría un hermano mayor para explicar al benjamín de la familia, lo peligrosa que puede ser la blenorragia.

—Somos amigos, ¿no? Pues te tengo que decir lo que pienso, no lo que te gustaría oír.

Voy por tu café...

* * *

A bordo del *Capricornio* di con el camarero que había atendido a John Harvey. Estaba preparando las mesas del bar que serían ocupadas durante el viaje de regreso a Las Islas.

Lo reconoció en cuanto observó la foto. Su entusiasmo por mantener una charla aumentó cuando vio que yo dejaba unos dólares sobre el cenicero de la mesa.

—Lo recuerdo muy bien, parecía un caballero del Sur. Usted ya me entiende; como los que vemos en el cine. Traje impecable, sombrero, bastón de bambú, zapatos finos, y buenas manera. Le serví agua mineral en dos ocasiones. La segunda fue para tomar unas píldoras... A su edad, ¿quién no tiene achaques?

—¿Lo vio hablar con alguien durante la travesía?

—No. Las veces que pasé por cubierta para atender el pasaje siempre lo vi solo, sentado en uno de los sillones de lona. Yo diría que iba pensando en sus cosas.

Empujé el cenicero hacia él para darle a entender que los dólares ya eran suyos, y le hice una última pregunta.

—¿Ha venido alguien antes que yo para saber de míster Harvey?

El camarero cogió los billetes doblándolos cuidadosamente antes de responder.

—No, pero si todos muestran los mismos argumentos que usted, los atenderé encantado.

Provisto de unas cuantas fotocopias de la fotografía de John Harvey, me acerqué a un grupo de taxistas estacionados a la salida del puerto. Reconocí a uno de ellos, no sabía su nombre, pero recalaba a menudo en la pizzería de Bruno.

Repartí algunas fotocopias donde había escrito mi nombre y número de teléfono y también el de la pizzería de mi amigo.

Inventé un cuento más o menos creíble para explicarles por qué buscaba a John Harvey, añadiendo algo sobre una «recompensa», para quien me facilitase alguna información.

Nadie recordaba haber visto a míster Harvey. El conocido en cuestión aseguró que pondría la fotocopia en el tablón de anuncios del Centro, para que la viesen los compañeros.

Empleé el resto de la tarde en recorrer las clínicas y hospitales de la ciudad interesándome por los enfermos ingresados el pasado día seis. No abandoné ni un solo centro sanitario sin dejar a la enfermera recepcionista algunas fotocopias.

CAPITULO II

Me desperté tarde. El cuerpo había dispuesto de seis largos meses para malacostumbrarme. Prolongué la ducha de agua fría para sacudirme los restos de somnolencia.

Bruno me esperaba con un recado.

—Un taxista llamado Tibbs quiere ponerse en contacto contigo; me ha dicho no sé qué de una foto.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace unos minutos. Tú acabarías de salir de casa.

Bruno me entregó una servilleta de papel. Escrito con letra presurosa, de grandes caracteres había redactado: «Tibbs. Cactus Bar. 40, Wold Street.»

Cuando llegué al Cactus Bar no estaba Tibbs. El de la barra me aseguró que no tardaría en dejarse caer.

Busqué acomodo en una mesa y pedí una cerveza por consumir algo.

En el televisor un individuo hacía comentarios sobre los desastres de la guerra —no importa cuál—, exhibiendo su mejor sonrisa. En las mesas todos hablaban a la vez, más preocupados por largar su discurso que por escuchar al vecino.

No me había dado cuenta de que un tipo de grandes bigotes y labios gruesos estaba pegado a mi mesa. Se presentó. Era Tibbs.

—Vamos a otra mesa —indicó.

La mesa donde fuimos a parar la ocupaba una chica morena de pelo corto, como el de un soldado recién incorporado a filas. Sus ojos negros eran vivos e inquietos.

—Stella, mi novia —dijo el taxista como presentación.

Nos cruzamos un «¡hola!» e inmediatamente Tibbs fue directo al asunto.

—Bueno, vamos a hablar claro: Puedo ayudarte, pero necesito antes saber quién es ese hombre que te interesa, para qué lo buscas, y quién eres tú.

Stella me miró con cierto brillo de burla en sus ojos. Pareció gustarle cómo empezaba Tibbs el asunto.

Opté por lo más práctico, mostrarle la cartulina plastificada que me acreditaba como miembro de ese raro espécimen, llamado investigador privado.

Al taxista le supo a poco.

—¿Y por qué tanto alboroto? ¿Lío de cuernos, espionaje industrial, el clásico cajero que se larga con los cuartos...? ¿Quién lo busca?

—La Compañía de Teléfonos. Debe un montón de recibos.

Tibbs se puso tenso. Stella miró a su hombre, expectante. Yo aproveché para apurar la cerveza caliente que había traído de la otra mesa.

—Vas por mal camino, compañero. Te marcharás de vado, no sé por qué.

—Lástima. Había pensado entregaros un pequeño óbolo en pro del taxista desvalido.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Stella. Por lo visto ignoraba esa parte de la cuestión.

De existir un medio de fulminar con la mirada, el taxista lo hubiera puesto en práctica conmigo.

—Los compañeros dijeron algo sobre una propina.

—Recompensa, suena mejor —aclaré.

—¿Cuánto? —inquirió Stella. Su pregunta pareció salir disparada de un Colt 45.

—Creo que podré estirarme hasta veinticinco dólares... Suponiendo que la información lo merezca.

—Cincuenta —volvió a disparar Stella, sin dar tiempo a que su novio abriese el pico.

—No pienso pasar de esos veinticinco.

—Anda, díselo.

—Antes me gustaría saber para qué lo busca.

—¡Qué nos importa! ¿No has visto su carnet?

Tibbs puso cara de circunstancias. A su chica no le bastaba un vestido de raso blanco, un anillo y un libro de familia para sentirse dueña de la situación. Eran —y son— otros tiempos. Tuve la impresión de que Stella iba a ser la administradora de aquellos veinticinco pavos.

—Ese hombre desembarcó del *Capricornio* una mañana, pero de eso hace varios días...

Puede que una semana. Quiso dar una vuelta por el puerto, hizo que me detuviese unos minutos frente a unas oficinas, pero no bajó del coche. Luego lo llevé al Chancellor Hotel.

—¿Qué oficinas eran ésas?

Tibbs se encogió de hombros.

—¿Estás seguro de que era el hombre de la foto?

—Date un garbeo por el puerto, espera a ver bajar hasta el último pasajero, y ya me dirás cuántos ves con esa pinta...

—¿Hablasteis de algo?

Tibbs sonrió, haciendo mover su mostacho de bandido de película.

—No me acuerdo.

—Lo que me has contado hasta ahora, no vale ni veinticinco centavos.

—No te pases de listo y Cuéntaselo todo de una vez —dijo Stella.

Aquello no fue una sugerencia, fue una orden. Tibbs también lo comprendió así.

—Me preguntó si había algún restaurante cerca.

—¿Cerca de dónde?

—Pues no sé... Cerca de donde estábamos, supongo. Le dije que no, que sólo había un bar donde no encontraría más que café, perros calientes con mostaza, y cerveza... No creo que haya ido nunca por allí. Su aspecto era el de los que visten de smoking para comer sopa y utilizan tenedor y cuchillo para mondar una naranja.

—¿En qué parte del puerto cae eso?

—En el muelle 43. Hay unas cuantas naves, un varadero para yates y barcas de pesca, y unas oficinas de ladrillos rojos, pegadas al varadero. Eso es todo. Si quieres saber algo más, tendré que inventarlo.

Dejar los veinticinco pavos sobre la mesa y verlos desaparecer en un bolsillo de los vaqueros de Stella, fue cuestión de segundos.

Estaba a punto de llegar a la puerta' cuando fui alcanzado por la chica del taxista.

—Oye, no te olvides de nosotros, ¿eh? Si necesitas ayuda en algún trabajo especial, como seguir a alguien con el taxi, o algo así...

—¿Tibbs está de acuerdo?

—El nunca sabe lo que quiere, ni lo que conviene hacer.

* * *

La prensa vespertina acababa de salir a la calle. El vendedor del quiosco cercano a la pizzería de Bruno, hacia donde me dirigía, estaba

deshaciendo un paquete que le habían lanzado desde una furgoneta en marcha. El hombre no hizo más que echarle un vistazo a la portada; luego vociferó;

—¡Incendio en San Bernardino! ¡Atraco en un banco de Sausalito! ¡Se encuentra el cadáver de un hombre en los muelles!

Compré apresuradamente un ejemplar.

El cuerpo de un hombre totalmente vestido, había sido descubierto en las primeras horas de la mañana por unos pescadores a escasa distancia del embarcadero. Al parecer llevaba encima todos sus efectos personales; según el periodista aquello descartaba la hipótesis del robo.

La noticia era escueta, parecía un telegrama redactado con las palabras justas para no pagar sobretasa, mas suficiente para sospechar que me había quedado sin trabajo.

Traté de ponerme en contacto con miss Harvey desde una cabina telefónica pero nadie cogió el auricular en la habitación 325. Al fin logré que alguien de recepción me dijese con voz de enfado, que miss Harvey había salido «acompañada de unos caballeros». Pregunté cuánto tiempo hacía de eso y respondieron con igual tono destemplado: «Algo más de una hora.»

Supuse quiénes eran esos caballeros y dónde podían estar en ese momento.

Me dirigí a! Roosevelt Hospital, apenas di los primeros pasos en el largo corredor del mismo encontré a Jessica Harvey. Iba acompañada de dos hombres. Uno de ellos era el teniente Anderson; lo había tratado en otros tiempos. El otro era un hombre de bata blanca y aspecto de funcionario.

El gesto abatido y la profunda palidez del rostro de Jessica Harvey hablaban por sí solos del desagradable y doloroso trance por el que pasaba.

En un aparte, Anderson me confesó estar a! corriente de mi participación en el asunto a través de miss Harvey, y que ésta había identificado a su padre.

Entramos en una estancia reducida, convertida en oficina. Miss Harvey me miró como si fuera a decirme algo, pero no pronunció palabra. El hombre de bata blanca le invitó a sentarse en una de las

sillas más próximas a la mesa escritorio.

—Siento que haya tenido que pasar por esto, pero era inevitable... —dijo el teniente Anderson.

Miss Harvey asintió en silencio, aceptando un pitillo que le ofrecía el teniente.

El funcionario había sacado una hoja impresa del cajón y hecho en ella algunas anotaciones; después la puso frente a miss Harvey, indicando con la punta del bolígrafo y una voz apenas perceptible, el sitio donde debía firmar.

—¿Cuándo sabré el resultado de la autopsia?

—Probablemente mañana —respondió el teniente, siendo corroborado con gestos de mudo asentimiento por el funcionario—. Si le parece, me pondré en contacto con míster

Monroe... Entretanto puede iniciar las gestiones para el traslado del cadáver a Las Islas.

Cuando salimos era noche cerrada. Se despidieron, el funcionario y el teniente; éste soltó una de esas parrafadas de condolencia tan al uso.

Miss Harvey me pidió que la llevase al hotel. No había hecho más que poner el coche en marcha, cuando murmuró:

—Tenemos que hablar.

Me acordé de los cincuenta mil del ala. Pero no me pareció aquél un asunto capaz de preocuparla en aquel momento.

Cuando llegamos al hotel nos dirigimos al bar. Apenas había dos o tres clientes. Pedí dos copas de whisky, por parecerme lo más apropiado. Miss Harvey esperó a que el camarero nos sirviera, para romper su mutismo.

—Escuche, Monroe —dijo al fin, mirándome a los ojos—, tengo la sospecha de que mi padre ha sido asesinado.

Desde luego era lo que menos esperaba oír, pero obré como si no existiera ya nada capaz de sorprenderme.

—¿Tiene alguna razón para opinar así? ¿Quizá algo que hubiera debido decirme antes?

Jessica Harvey movió la cabeza, respondiendo así a mis preguntas negativamente. Luego añadió:

—La policía esperará a conocer los resultados de la autopsia para hablar, pero la autopsia no les dirá cómo era mi padre. Quiero que siga investigando hasta dar con su asesino.

—Usted me contrató, usted será quien diga basta, cuando lo considere oportuno.

Miss Harvey acercó la copa a sus labios apurando su contenido.

—Usted no me cree, ¿verdad?

—Creo que ha recibido un duro golpe, debería intentar dormir unas horas... Mañana temprano podemos hablar...

CAPITULO III

Cuando puse los pies en el vestíbulo del Chancellor Hotel fui seguido por la mirada impertinente del individuo de recepción. Estaba abarrotado de turistas. Hombres y mujeres de mediana edad, con la Kodak colgada del cuello y el aspecto de no haber visto nunca el sol, salvo en fotografía.

Poco antes el teniente Anderson me había anticipado por teléfono el resultado de la autopsia, leyéndome lo esencial del informe:

«Muerte causada por la suspensión de las funciones vitales debida a la falta de oxígeno en los pulmones...»

Confieso que aquél era el modo más elegante que yo había oído jamás de explicar la muerte por asfixia.

El forense añadía algunos datos aclaratorios, tales como que el cadáver no presentaba signo alguno de violencia; que la temperatura excesivamente templada del agua en aquella época del año adelantaba, considerablemente, el estado de descomposición, pero que se calculaba que John Harvey había muerto en un tiempo que oscilaba entre las setenta u ochenta horas anteriores a su descubrimiento. Y lo más significativo: En su cuerpo se había encontrado la dosis suficiente de alcohol como para atribuirle la paternidad del accidente.

Con intención de remachar el clavo, Anderson añadió algo que no constaba en el informe del forense: Entre los objetos personales de míster Harvey, había algo poco común en un abstemio, preocupado por su úlcera. Una de esas botellas planas de bolsillo, habituales entre los que precisan de un trago algo más que de vez en cuando. Se me ocurrió argumentar que quizá fuera utilizada para llevar algún tipo de jarabe estomacal o algo parecido. «Si conoce algo semejante a un jarabe, elaborado con alcohol de cuarenta grados, que huela y sepa como el mejor whisky escocés, dígamelo.» Fue la respuesta del policía.

Los tímidos golpes de nudillos dados a la puerta de la habitación 325 casi llegaron a convertirse en auténticos aporreos antes de que me abriese una miss Harvey de aire ausente, que se apartó para franquearme la entrada. Llevaba la misma ropa del día anterior. Tenía el pelo revuelto e iba descalza.

Cuando pude acostumbrar mis ojos a la penumbra reinante, descubrí sobre la mesa escritorio una botella de Johnny Walker, un cenicero

lleno de colillas y un sobre grande, color ámbar, ostentando el membrete de una compañía de pompas fúnebres.

Jessica Harvey se dejó caer sobre el sillón que había próximo a la mesa. En uno de los brazos redondeados, en actitud de dudoso equilibrio, había un vaso a medio consumir y sobre el respaldo, un par de medias. Los pies desnudos descansaban sobre la moqueta verde claro, junto a sus zapatos.

No pregunté si podía hacerlo; descorrí la cortina. Pensé que sería mejor la luz diurna que la eléctrica. Los ojos de Jessica estaban enrojecidos. Lo atribuí, en partes iguales, al llanto, al whisky y al insomnio.

Miss Harvey había cogido el vaso, y pareció dudar sobre si debía o no apurar su contenido.

—Si ha bebido todo lo que falta a la botella, es mejor que lo deje —sugerí mientras me sentaba en un extremo de la cama sin deshacer.

—¿Accidente? —preguntó, dejando el vaso sobre la mesa.

—Efectivamente.

—No esperaba otra cosa. Bien; he contratado los servicios de una funeraria.

Trasladarán los restos de mi padre en avión mañana por la mañana. Yo iré con él, pero regresaré lo antes posible. He decidido permanecer en la ciudad hasta saber todo lo relacionado con su muerte.

—Veo que no ha cambiado de parecer.

—Si hubiera conocido a mi padre pensaría como yo. Era un nadador excelente, y aun admitiendo que hubiese caído al agua, habría sabido salir, se lo aseguro.

—No hablo por experiencia, pero imagino que no debe ser fácil desenvolverse en el agua vestido, y menos cuando se rondan los setenta.

—¿Es eso lo que le ha contado la policía?

—No.

—¿Qué le han dicho entonces?

—Al parecer, han encontrado alcohol en el cuerpo de su padre.

—¡Mienten! —exclamó, poniéndose en pie. Dio unos pasos cruzando de un extremo a otro de la habitación, antes de sentarse sobre el mismo brazo del sillón donde poco antes reposara el vaso—. Imposible, imposible... —repitió, algo sosegada.

—Entre las cosas que su padre llevaba encima había una botella plana, de las que caben en un bolsillo, con restos de whisky.

Jessica Harvey acompañaba con gestos negativos cada una de mis palabras.

—Es necesario que me crea; al menos usted debe creerme. Por nada del mundo hubiera probado mi padre ni una sola gota de alcohol... Se lo dije al otro día; se medicinaba. To-maba unas pastillas... Cuando nos sentábamos a la mesa solía dejar una junto al vaso...

Llevaba siempre el tubo en el bolsillo. —Sus ojos cansados quedaron fijos en mí, estudiándome.

—Debería acostarse unas horas, le vendrá bien —sugerí.

—Y usted, ¿qué piensa hacer?

—Continuar hasta que usted decida lo contrario. ¿Siguen aquí las cosas de su padre?, me gustaría echarles un vistazo.

Jessica Harvey abrió el armario. Un par de camisas, un traje de rayadillo, corbatas, pañuelos, ropa interior...

—¿No es éste el traje que llevaba cuando embarcó?

—pregunté.

—Sí.

Busqué entre los bolsillos del traje y en los cajones. No encontré nada.

—¿Diría usted que falta algo, algo que su padre considerase indispensable?

—¿Está pensando en otra botella de whisky? La policía me preguntó eso mismo; la respuesta es no.

Insistí en que debía descansar, y parecía dispuesta a hacerme caso cuando salí de la habitación.

Abajo, en el vestíbulo, apenas quedaban cuatro o cinco clientes ocupados en no hacer

nada, salvo dormir. Tenían el aspecto de estar tan aburridos como puede estarlo un grupo de nonagenarios en un congreso sobre sexología.

El individuo de recepción clasificaba la correspondencia lanzando furtivas miradas a la puerta de entrada, al ascensorista, a los botones y a mí. Encaminé mis pasos a otro mostrador más corto y de menor altura, que se cruzaba con el primero, formando entrambos una L.

Metida en carnes, boca pequeña, labios bermellón y nariz respingona. El entorno de unos ojos recargados de pintura, y un pelo a la moda; enmarañado y rubio por la camomila, que casi ocultaba los auriculares. Si ser la telefonista del Chancellor Hotel, uno de los más lujosos y caros de la ciudad, no colmaba sus aspiraciones, no parecía hacerse mala sangre por ello.

—¿Señor? — preguntó, al advertir mi presencia.

—Alto, aspecto elegante, pelo plateado, ojos castaños, de unos setenta años, sombrero Panamá, bastón de bambú. Su nombre: John Harvey. Sabe de quién le hablo, ¿verdad?

—¡Qué bárbaro! Es un acertijo, ¿no?

—No. Una descripción.

—¿Es usted cliente del hotel?

—El hombre que acabo de describir, sí lo es.

—Lo era. Ese hombre ha fallecido; su hija ocupa ahora la misma habitación que él ocupaba. Por cierto, lo he visto a usted hablar con ella.

—¡Ajá! Ya veo que no se le escapa nada. Voy a tratar de explicarlo: Ese caballero dejó manga por hombro algunos asuntos, su hija necesita ponerlos al día y puede sernos útil saber si entró en contacto telefónico con alguien... O cualquier otra cosa que pueda usted recordar.

—¿Nada más? Pues eso no puedo decírselo. En primer lugar porque lo tenemos prohibido, y en segundo, porque este hotel tiene más de mil habitaciones.

—Y usted un par de ojos preciosos.

Fue a sonreírme pero se lo impidió una llamada. Introdujo la clavija en uno de los agujeros de la centralita y me miró risueña.

—Gracias por las flores, pero no siga haciendo el ganso. Me es imposible recordar nada; no soy una computadora. Sólo tomo nota de las conferencias, por si deben cargarse a la cuenta del cliente...

Buscó entre las hojas de un libro alfabetizado la correspondiente a la hache. Una larga uña, esmaltada de rojo recorría los nombres allí anotados.

—Una conferencia, el día seis.

—¿Con Las Islas?

—Si lo sabe, ¿por qué lo pregunta?

—¿Cuál es su nombre?

—Julie. ¿Por qué?

—Lo de sus ojos iba en serio, Julie.

—Claro. Y usted busca caras nuevas para la Metro.

—Le diré la verdad: Soy un jeque árabe que quiere renovar su harén.

Cuando salí del hotel recorrí más de una milla de Washington Street justo hasta la estatua de Fray Junípero, desde donde torcí en dirección al puerto, y de allí al muelle 43.

El sol castigaba el techo de mi Ford. De poco servía tener las ventanillas abiertas porque soplaban un aire cálido, impregnado de partículas de la ciudad.

En la primera nave había dos puertas. Una grande, para acceso de vehículos, y otra más pequeña, de recios barrotes, para el paso del personal. Ambas estaban cerradas.

Noté algo húmedo en la mano que tenía apoyada en los barrotes de la puerta. Era el hocico de un perro.

—Ese no podrá informarle de mucho.

Quien así me habló estaba apoyado en mi coche, su aspecto era el de

esos sujetos que duermen al raso en cualquier rincón del muelle, offician de pedigüenos, beben como cosacos, y viven de milagro.

—¿Y usted sí?

—Tal vez, si me lleva hasta el Gull...

—¿Qué demonios es eso?

—La mejor taberna de los alrededores, amigo, no lo dude. Está a cuatro pasos de Washington Street... Hágase cargo, compadre, con este calor, llegarse hasta allí andando...

—De acuerdo, suba.

Cuando se sentó a mi lado comprobé que jamás había usado desodorante, ni jabón, ni siquiera agua.

—No estaba el bwana Marshall, ¿eh? No es mal tipo ese Marshall, suele darme algunos dólares de vez en cuando. Claro que, un hombre que fuma puros de veinte pavos, puede permitírselo. Dicen que en Tiburón posee una residencia principesca, desde donde se divisa la ciudad, y que tiene la forma de un gran yate de recreo.

—En realidad a quien busco es a otra persona, un buen amigo —dije, mostrándole la fotografía de marras.

—Pregunte en el depósito de cadáveres, seguro que allí saben algo... Leo la prensa, amigo, ¿qué creía? Me gusta saber lo que pasa por ahí; lo mismo que usted. Si me dice que no lo sabía, no lo voy a creer.

—En ese caso no se lo digo.

—Bien, voy a olvidar que ha pretendido dármela con queso. ¿Sabe quién es Carlitos?

-Sí.

—Lo vi hablar con su amigo, una tarde... ¡Eh! ¡Pare! Hemos llegado.

«La mejor taberna de los alrededores» parecía desde fuera una casa en ruinas para hombres en ruinas. Mi pasajero descendió del coche dando un portazo y asomando su olorosa cabeza por el hueco del cristal, dijo:

—En cuanto al bwana Marshall, suele comer en el Nautic Club, y permanecer allí el resto de la tarde.

El Nautic Club se encontraba en uno de los más céntricos barrios de la ciudad. Un casino para ricos, con camareros de smoking. Socios reumáticos, diabéticos, artríticos y podridos de dinero.

Como es lógico, alguien me impidió el paso, argumentando que sólo se permitía la

entrada a los socios.

—Debo hablar con míster Alfred Marshall —insistía yo.

—¿Puedo saber el motivo?

—Quizá a míster Marshall no le guste que pretenda usted fisgar en sus cosas.

Fue como pronunciar «Abrete, Sésamo».

Como no había visto en mi vida al naviero pregunté a un camarero.

Le calculé unos sesenta y cinco años. Era de gordura fofa, sus mofletes colgaban como bolsas y cubría sus ojos con gafas oscuras. El pelo escaso, peinado con habilidad, ocultaba gran parte de su cráneo mondo.

—¿Míster Marshall?

Vi un par de ojos fijos en mí a través de los discos negros de sus gafas.

—Soy Pat Monroe, investigador privado. Me gustaría hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.

—Venga mañana a mis oficinas del muelle 43; allí le atenderé con mucho gusto.

—Le aseguro que no lo entretendré más de cinco minutos.

Lo vi fruncir el entrecejo. Pensé que iba a valerse de un camarero para ponerme en la calle, pero no fue así.

—Está bien, dígame, ¿de qué se trata?

—De míster John Harvey, padre de mi cliente. Tengo entendido que debía entrevistarse con usted.

—¡Ah!, ya comprendo. Mucho me temo que haya perdido usted su tiempo viniendo aquí. Jamás he visto a ese hombre. La entrevista no se celebró; así lo expliqué a la policía... Un lamentable accidente, según he leído esta mañana en la prensa.

—¿Para qué día estaba fijada la entrevista, lo recuerda?

—El siete. Lo recuerdo porque era sábado y no suelo mantener entrevistas ese día, pero como míster Harvey venía de Las Islas con el único propósito de hablar conmigo, me pareció obligado atenderle... Sin embargo hay algo que creo no haber entendido bien:

¿Dice usted que trabaja por cuenta de un pariente de míster Harvey?

—De su hija.

—Pero la prensa habla de un accidente... Perdóneme, sé que puedo parecer el colmo de la indiscreción, pero lo cierto es que no entiendo su participación en esto.

—Creo que lo entenderá si le digo que miss Harvey no acepta esa versión de los hechos.

Ella tiene otra, bien distinta.

—¡Vaya! Bueno, siento mucho haberle sido de tan poca utilidad.

—Eso nunca se sabe. Gracias por todo.

* * *

Recibí una llamada del teniente Anderson. Quería saber si mandaba las cosas de míster Harvey al Chancellor Hotel, o pasaba yo a recogerlas. Le dije que iba para allá.

Poco después extendía los objetos sobre la mesa de mi oficina para contrastarlos con el inventario que el teniente me había hecho firmar.

Cartera. (Conteniendo documentación a nombre de John Harvey y tres mil dólares en billetes de cien).

Talonario de cheques.

Dos pañuelos.

Agenda.

Pluma estilográfica.

Pitillera de plata.

Encendedor de plata.

Treinta y seis dólares en monedas y billetes sueltos.

Botella plana.

Reloj de oro.

Anillo de oro.

A juzgar por lo allí expuesto, el móvil del crimen —si es que se trataba de un crimen—, no era el robo.

Las anotaciones de la agenda eran totalmente ilegibles. El agua las había borrado, tiñendo sus hojas de azul.

Recordé una frase de Jessica Harvey pronunciada durante nuestra última entrevista:

«Mi padre lleva siempre el tubo en el bolsillo...»

También el camarero del *Capricornio* aseguraba que el padre de la chica había tomado unas píldoras. Y sin embargo, no constaba tubo alguno en el inventario, ni yo lo había encontrado en sus cosas del hotel.

Cierto que podía haber ido a parar al fondo del mar, pero, ¿por qué precisamente el tubo de píldoras, y no la pitillera, la botella, o el encendedor?

* * *

Carlos Sánchez, *Carlitos*, caminaba atropelladamente, como los críos cuando dan sus primeros pasos libres del taca-taca. Su cuerpo tenía algo de muñeco desarticulado. Unas cejas pobladas servían de sombraje a unos ojillos claros que rara vez se ocupaban de cuanto ocurría a su alrededor. Sus labios gruesos y aplastados eran la justa correspondencia a una nariz achatada a fuerza de golpes. En tiempo, Carlitos había sido boxeador.

Lo encontré en uno de los accesos al muelle, junto a un puesto de aduaneros. Carlitos se acercaba a los transeúntes con algunos periódicos bajo el brazo —había muchos más amontonados en la acera

—, mostraba su sonrisa de escasos dientes, para decir después con voz cascada: «¿Periódico?»

Puse al alcance de Carlitos un billete de dos dólares, cogí el periódico y le dije que guardase la vuelta. Sus ojos menudos se abrieron de par en par.

Permanecí apoyado sobre un bolardo para amarras hojeando el periódico hasta que vi a Carlitos preparándose para hacer su acostumbrada ronda por el muelle. El montón de periódicos había reducido tanto su tamaño que podía cogerlos con una sola mano.

Reconoció en mí al tipo que le había dado dos pavos y me saludó con su alelada sonrisa

de calamocano.

—¿Cómo está el «Torpedo de San Francisco»? —te pregunté.

—¡De primera! —exclamó.

—¡Qué pegada la tuya! ¡Nunca he visto nada igual! Recuerdo un combate tuyo en Pasadena... No había hecho más que sonar la campana, le diste una caricia en la mandíbula y lo tumbaste. El negro aquel te duró veinte segundos.

—Me acuerdo, me acuerdo... —repetía Carlitos, sin dejar de reír.

Sacó de algún bolsillo una envoltura de plástico sujeta con gomas. Dentro había varias fotografías, y me mostró una.

Vi a un Carlitos treinta años más joven. Llevaba una de esas batas brillantes que usan los púgiles, y alzaba los brazos en señal de triunfo. Sonreía como sólo puede hacerlo alguien con un labio partido, un ojo cerrado por la hinchazón y una tira de esparadrapo sobre un pómulo.

—Me robaron el título... —empezó a decir Carlitos—. Mira, ¿ves esta foto?, me la hicieron en París... Gané por K.O. al fulano aquel... ¿Cómo se llamaba...?

Le propuse sentarnos en un quiosco cercano y aceptó sin chistar.

Carlitos pidió un café con leche y dos croissants. Empezó a hablarme de cuando su padre, un emigrante mexicano, lo acompañaba al gimnasio siendo casi un crío, lo que me hizo temer que iba para largo.

Su boca se convirtió en una manga de riego por la que fluía un verbo

trastabillado y algunos pedazos de croissant. La cosa estaba clara; más de uno se había forrado a su costa. Pero Carlitos no hablaba de eso, había que leerlo entre líneas. Carlitos hablaba de combates, de ganchos de izquierda, de asaltos y de tongos.

De pronto una idea repentina lo llevó a buscar entre las fotografías del envoltorio.

Sopló las migas que había en la mesa, y no satisfecho la fregoteó con unas servilletas de papel. Sólo entonces se atrevió a dejar sobre el mármol la fotografía de Carlitos vestido de domingo. Llevaba una horrible gorra a cuadros echada hacia atrás y un clavel en la so-lapa. A su lado había una muchacha regordeta, de pelo rizado y vestido de flores estampadas. En torno a la pareja revoloteaban multitud de palomas atraídas por las semillas que la joven arrojaba a sus pies.

—Mi chica, ¿sabes? —reveló Carlitos con una tristeza tal que me hizo sentir remordimientos—. Ellos me pidieron que la dejase, que era mejor para mi carrera... Yo no la he olvidado. Me gustaría saber de ella.

Pensé que «su chica» debía ser entonces una mujer de cabello plateado, próxima al período menopáusico; convertida quizá en madre de familia numerosa o en solterona avinagrada. Pero no estaba muy seguro de que el pobre Carlitos se diera cuenta de ello.

—Si supiera que la busco... Tú debes ser un hombre que viaja mucho, ¿eh? Fíjate bien en su cara, a lo mejor la encuentras... Le dices de mi parte... No. Me avisas, y yo se lo digo.

¿Querrás hacerlo?

No tuve más remedio que decirle que lo haría.

—¿Sabes, Carlitos?, también yo busco a una persona. Un buen amigo. Puede que tú lo hayas visto...

El rostro de Carlitos se ensombreció repentinamente, dejó de mostrarme su dentadura escasa y amarillenta; de su mano temblona escapó la fotocopia que acababa de darle.

—No. No lo conozco. Nunca lo he visto... Ahora me tengo que ir; me quedan diarios...

Se levantó precipitadamente. No guardó sus reliquias fotográficas en la envoltura de plástico. Se lo echó todo al bolsillo.

—¡Eh! ¡Carlitos! ¿Dónde puedo encontrarte si localizo a tu chica?

—Era una broma Una broma, eso es... —contestó, alejándose a toda prisa.

CAPITULO IV

No había hecho más que despegarme del bordillo cuando advertí que era imitado por un Chevrolet color marfil. Recordé haberlo visto aparcado cerca de la pizzería de Bruno el día anterior, y rondando los alrededores del quiosco donde estuve con Carlitos. Podía ser perfectamente normal, pero también podía no serlo en absoluto. Decidí tomar mis medidas.

En lugar de adentrarme por Cleveland Avenue para desembocar finalmente en Washington Street y llegar ante el Chancellor Hotel, merced a un corto desvío proseguí en línea recta y me introduje en el aparcamiento subterráneo de unos grandes almacenes.

Cuando iniciaba el descenso por la pronunciada pendiente en forma de espiral, comprobé que no estaba equivocado; el Chevrolet de marras me seguía. Pude ver la camisa amarilla y la larga patilla del tipo que iba junto al conductor. Las columnas de hierro, sustento del edificio, parecían haber sido puestas para detenerme. Poco faltó para que me diera el gran tortazo con una de ellas. Al fin conseguí lo que me proponía; detenerme justo frente a los ascensores. Salí del coche y me introduje en el más próximo, precisamente cuando la puerta empezaba a cerrarse. Subí hasta la cuarta planta, para descender de nuevo a toda prisa por la escalera de emergencia. Un individuo se encaró conmigo. Le conté que buscaba la salida; que me había perdido. Probablemente no me creyó, pero me condujo hasta ella. No hice más que poner los pies en la calle y encontré un taxi libre. Estaba seguro de haber dado esquinazo a los misteriosos sujetos del Chevrolet, pero ellos me aventajaban en una cosa; sabían quién era yo y dónde encontrarme.

Una miss Harvey vistiendo suéter negro y vaqueros de pana marrón me abrió la puerta.

No funcionaba el aire acondicionado de la habitación. Estaba abierta la ventana de par en par y descorridas las cortinas. Me senté en la silla de respaldo curvo, próximo a la ventana, desde donde podía ver la playa.

Al igual que la vez anterior, Jessica Harvey ocupaba el único sillón existente.

—Usted me dijo que su padre no había salido de Las Islas desde hacía cinco años.

¿Quiénes estaban enterados de ese viaje?

—Ronald, Edna y yo... Claro que mi padre pudo haberlo comentado con algún amigo, o con alguien de la oficina.

—¿Quién es Edna?

—La mujer que se ocupa de la casa. Su marido trabajaba con mi padre desde sus comienzos; murió en accidente de tráfico hace algunos años. No tiene hijos.

—¿Y en cuanto a Ronald Sarandon? —pregunté, echando un vistazo a mis notas—,

¿Desde cuándo son socios su padre y él?

—Desde hace más de veinte años. Pero ¿por qué me pregunta todo eso?

Mientras las manos de miss Harvey jugueteaban con la caja de mixtos, sus ojos se abrían camino hacia mí a través del humo blanco del pitillo que acababa de encender.

—Hay que exceptuar el robo como uno de los posibles móviles. Eso nos facilita ligeramente el camino. Imagine que el supuesto asesino estaba al corriente del viaje de su padre y lo vino siguiendo desde Las Islas, con el propósito de llevar a cabo su plan.

Imagine que su padre ingirió, no sabemos cómo ni por qué, aunque probablemente a la fuerza, la cantidad suficiente de alcohol como para perder la noción de las cosas. Llegado a este punto no es difícil pensar que alguien pudo sustituir el tubo de pastillas por la botella de whisky... y arrojarlo al mar totalmente ebrio.

—¿Y por qué la policía no ha llegado también a la misma conclusión?

—No llame conclusión lo que no pasa de ser simple conjetura, miss Harvey. En cuanto a la policía, también ella habrá hecho sus cálculas, no lo dude. Descartado el robo y el asesinato, no quedaba más que elegir entre muerte accidental o suicidio. Los casos de accidente son los primeros en recibir el carpetazo de rigor. Estoy seguro que no habrán tardado mucho tiempo en decidirse.

—¿El alcohol encontrado en el cuerpo de mi padre es el motivo por el que han descartado el asesinato?

—Es uno de ellos, pero no el principal. Según el forense su padre no presentaba huella alguna de violencia. A mi modo de ver ése es el motivo número uno.

—¿Usted también sabe eso y, sin embargo, no parece opinar del mismo modo?

—Digamos que la policía camina en línea recta y yo prefiero dar un rodeo. Pero bien puede ser que coincidamos al final... Dígame, miss Harvey; ¿es buena la situación econó-

mica de la empresa?

—Muy buena —respondió frunciendo el entrecejo.

—¿Está segura? ¿No existe la posibilidad de que su padre se lo haya ocultado para no preocuparla?

—No, eso es imposible. No olvide que trabajaba con él; estoy al corriente de todo.

Además está Ronald. ¿Iba a ocultárselo también a su socio? Usted no parece decidido a descartar el suicidio, por lo que veo.

—¿Cuál puede ser el móvil del asesinato, según usted?

—No lo sé. Puede parecer una frase hecha, pero lo cierto es que mi padre era un hombre muy querido en Las Islas.

—¿Tal vez un competidor? —insistí.

—Mi padre ha jugado siempre limpio con ellos.

—No lo pongo en duda, pero por desgracia la honestidad no es un salvoconducto para no tener enemigos; salvo que esa honestidad vaya unida al fracaso. Su padre, por lo que veo, era un ganador. Aun sin pretenderlo, los ganadores suelen dejar a más de uno en la cuneta. Desaparece un competidor y nace, como por generación espontánea, un enemigo encarnizado. Si su padre fue víctima de un asesinato, es porque existe, al menos, una persona que no lo quería bien... Suponga que le pido algunos nombres; personas a las que haya beneficiado su muerte.

—No conozco a nadie, salvo yo misma. Soy su única heredera.

Abandoné la silla y me aproximé a la ventana. La playa era un amontonamiento de cuerpos al sol untados de crema. Parecía una

enorme barbacoa de carne humana.

—Salvo que admitamos la posibilidad de un asesinato por error, tal vez por el parecido físico de su padre con otra persona, piense en esa lista, miss Harvey.

Cuando me volví para mirar a Jessica Harvey, extrañado por su mutismo, descubrí que su rostro se había vuelto del color del papel. La caja de mixtos escapada de entre sus dedos estaba en el suelo, junto a sus zapatos. No me miraba, ni miraba a parte alguna, tenía

la cabeza apoyada sobre el respaldo del sillón y los ojos perdidos en algún punto del techo.

—¿Usted cree que eso ha podido ocurrir? Sería una muerte mucho más absurda, mucho más cruel. ¡Muerto por error!

Me aproximé a miss Harvey intentando poner cara de consejero espiritual.

—Sé que es más fácil dar consejos que recibirlos, pero debe aceptar éste: Regrese a Las Islas. No permanezca aquí sola dando vueltas y vueltas a lo mismo. Allí tiene amigos.

Estoy seguro de que se alegrarán de tenerla con ellos. Nada impedirá que estemos en contacto. Piense que apenas nos separan dos horas de avión.

Miss Harvey se levantó, apagó la punta del pitillo en el cenicero que había sobre la mesa y recogió la caja de mixtos. Estaba haciendo girar el pomo de la puerta cuando la oí decir:

—Me encontrará aquí esperando noticias, no lo olvide.

Camino del ascensor me preguntaba si Jessica Harvey sería capaz de confeccionar una lista de sospechosos, y si el tal Ronald Sarandon, socio de su padre, estaría en ella.

En el vestíbulo fui abordado por un botones barbilampiño, pelo ensortijado y rostro comido por el acné.

—Mi prima quiere hablar con usted.

—¿Quién es tu prima?

Al chico se le colorearon hasta las orejas.

—Julie, la telefonista.

Julie estaba dándole a las clavijas de la centralita cuando me acerqué. Atendió algunas llamadas antes de mostrarme sus dientes teñidos del carmín de las labios.

—¡Hola! Bueno, no sé si hago bien diciéndole esto... Lo más seguro es que se trate de una tontería y no tenga ninguna importancia para usted. Me he acordado de algo que sucedió días atrás. Yo me iba a casa; había terminado la jornada y pasé junto a una furgoneta detenida a cierta distancia del hotel. Dentro había dos hombres; el conductor y otro que hacía fotos con un teleobjetivo. Me pareció que enfocaban en dirección a la terraza. Ya sabe dónde digo, en las mesas que hay afuera, bajo el sombrero. ¿Le parece que puede ser interesante?

—¿Lo ha comentado con alguien; la policía por ejemplo?

—Nadie me ha preguntado nada. Además, lo había olvidado. Usted me lo ha traído a la memoria.

—Al parecer no dio demasiada importancia a ese descubrimiento.

—Psé. Si fuera una a preocuparse por todo lo que ve y oye. Llevo diez años aquí. Si quisiera podría escribir un libro tan grueso como la guía de teléfonos de Nueva York.

—Julie, es usted una chica estupenda. No sabe los esfuerzos que estoy haciendo para no abrazarla aquí mismo. Y si por añadidura recuerda con exactitud qué día vio esa furgoneta, creo que no voy a poder contenerme.

—¡Ni se le ocurra! Me pondrían de patitas en la calle

—respondió la buena de Julie, esforzándose por no echarse a reír—. Da la casualidad de que sí me acuerdo, fue un viernes. No puedo equivocarme porque ese día me reemplazó esa cursi de la oficina y llegó tarde.

—¿Viernes, seis?

—Eso es —respondió Julie, después de echarle un vistazo al calendario.

—Ya sé que es difícil, pero ¿sabes si estaba míster Harvey en la terraza?

—Ni idea. Sólo puedo decirle que estaba bastante concurrido.

—Pero sí recordará la hora.

—Claro. Esa idiota me tuvo cerca de una hora haciendo su turno. Eran las seis, o las dieciocho, si lo prefiere.

Con los codos sobre el mostrador acerqué cuanto pude mi cara a la suya. Que a Julie se le iba el santo al cielo cuando se pintaba los ojos, era algo fuera de toda duda. El aleteo de sus pestañas postizas recordaba el revuelo de los gorriones primerizos.

—¿Tiene novio, ojos bonitos? ¿Cuál es su día libre?

—Usted no se toma las cosas en serio, me parece a mí. ¿Para qué quiere saber eso?

—Mi pregunta es personal. ¿Qué quiere?, uno es de carne y hueso, como los demás. A propósito, ¿recuerda cómo era la furgoneta?

—Me refiero al color, a si tenía algún distintivo... No me diga que no sabe cómo son esas furgonetas de reparto, siempre aparcadas en doble fila.

—Puede que fuera blanca, o crema... Nombre no llevaba, eso seguro. Y no se le ocurra preguntarme por la matrícula, ¿eh?

—¿Y los hombres; recuerda algo de ellos, rosa de pitiminí?

—Vamos a ver: Uno llevaba gafas de sol, gorra de visera y algo que quizá fuera un mono de trabajo, caqui. No puedo estar segura porque lo vi a través del cristal de la ventanilla.

Ese era el que conducía El otro, además de estar medio oculto por su compañero y tener la cámara en la cara, lo vi de perfil. Apenas pude verle una patilla descomunal... Si le explico la situación de la furgoneta, lo comprenderá.

—No es necesario, bella hurí. ¿Tuvo la impresión de que les molestaba verse descubiertos?

—Para saber eso hubiera tenido que detenerme y no lo hice. Seguí mi camino sin preocuparme de ellos. ¡Buena estaba yo con el retraso de ésa! Y ahora, por favor, sea buen chico y evapórese. Ese imbécil del gerente no nos quita ojo. —¿Es celoso?

—Por mí como si es astronauta. Antes de tener nada con ése me meto

en el Ejército de Salvación, fíjese si le digo.

* * *

Lo comentaba la prensa de la mañana: Carlitos había sido encontrado en su casa, un barracón próximo a la playa, colgado de una viga del techo.

Un jubilado que le ayudaba todas las mañanas a acarrear los periódicos hasta el puerto, fue quien lo descubrió a través de la ventana, cansado de aporrear la puerta repetidas veces.

Acompañaban la noticia algunas fotografías de los tiempos en que Carlitos era el

«Torpedo de San Francisco». Un columnista despistado hablaba de: «...las personas que viven de recuerdos, huyendo de la realidad de un presente que acaba por devorarlos...»

CAPITULO V

Abrí la puerta esperando encontrarme con el chico del supermercado a cuestas con mi encargo y me topé con un individuo alto y cuadrado corno un e armario, gafas de montura alemana y gruesos cristales. Le calculé unos cincuenta y tantos años. Era Ronald Sarandon.

El socio de John Harvey descansó su considerable humanidad sobre uno de mis sillones de cuero artificial, aceptó un pitillo de la tabaquera y me preguntó sin más preámbulos,

«si confiaba en resolver el asunto satisfactoriamente».

—Depende lo que entienda por satisfactorio —respondí.

—Descubrir al asesino de John, ¿no se trata de eso?

—Tal vez no exista asesino que descubrir. La policía es de esa opinión.

—Siempre que oigo respuestas tan ambiguas como ésa, sospecho que alguien está intentando jugármela no lo puedo evitar. Se me ocurre que este caso puede eternizarse a poco que uno se lo proponga.

—Sobre todo si ese uno tiene por cliente a una cierta joven que firma cheques de cincuenta mil pavos.

—Veo que me ha sorprendido. Exactamente, ¿qué es lo que ha logrado saber hasta ahora?

Le conté en pocas palabras cada uno de mis pasos, omitiendo la existencia de los sujetos del Chevrolet y la extraña muerte de Carlitos.

—No es que pretenda hacerme el irónico, pero casi todo eso ya lo sabía por la prensa.

Creí lo más oportuno hacerme el sordo.

—¿Qué opina sobre los restos de alcohol encontrados en el cuerpo de su socio?

—Me cuesta mucho digerir eso, sobre todo lo de esa botella de whisky. Yo conocí a John cuando Jessica comenzaba a dentar. Por supuesto que entonces no era abstemio, pero sí el colmo de la moderación. En la bebida, como en tantas otras cosas, prefería la calidad a la cantidad. En cuanto los médicos le hablaron de su úlcera de duodeno, sustituyó el alcohol por la leche y el agua mineral.

—Antes ha hablado de asesinato; ¿cree de verdad que míster Harvey murió asesinado?

Cuando las gafas de Ronald Sarandon resbalaban por la pendiente de su nariz se apresuraba a devolverlas a su sitio, empujándolas con el índice de la mano derecha. Fue justamente lo que hizo antes de responder.

—No he hecho más que darle vueltas a eso desde que supe lo ocurrido. John no era sólo mi socio, también era mi amigo. Y considero a Jessica como hija mía. Supongo que los solteros nos volvemos sentimentales e incluso sensibleros con los años. Le voy a ser franco: Preferiría que la chica olvidase todo esto... Nada de cuanto se haga devolverá la vida a su padre, y ella olvidará más fácilmente si regresa a Las Islas y se ocupa en algo. Yo intenté disuadirla, pero sospecho que no supe escoger el momento.

—Eso quiere decir que ha venido para pedirme que lo intente yo.

—Así es. Jessica sabe que estoy preocupado por ella e intento protegerla. El caso de usted es distinto. Ella comprenderá que si la aconseja abandonar el asunto, lo hace en contra de sus propios intereses... Naturalmente toda buena acción debe tener su recompensa, y la suya podría ser una justa indemnización por mi parte...

—Confieso que no he oído proposición más deshonestas en toda mi vida. Usted debe ser de los que creen que la ética es una flor exótica

que crece a orillas del Amazonas.

A Ronald Sarandon se le endurecieron las facciones. Miró la colilla del Camel que acababa de aplastar con cierta violencia sobre el cenicero y buscó entre los bolsillos de la americana tabaco y encendedor, como quien busca su ración de Valium 10.

—Tal vez no me he explicado con bastante claridad. Aparte a Jessica de esto, consiga que regrese a Las Islas, es cuanto le pido. Si opina que debe continuar investigando, hágalo, pero sin ella cerca. ¿Comprende ahora?

Comprendí que se había envainado parte de sus palabras de antes, pero yo estaba interesado en aclarar otros puntos.

—No del todo. Dice estar preocupado por la chica y tarda varios días en aparecer.

Supongo que no ha venido nadando... También habla de protegerla. ¿De qué o de quién la pretende proteger?

—Hasta el día de ayer ignoraba que Jessica lo hubiese contratado. Me habló de ello durante el funeral...

Vi los ojos empuñados por los culos de vaso de sus gafas mirarme atentamente, y tuve la seguridad de que iba a decirme algo que hubiera preferido mantener oculto.

—Hace unos años la chica conoció a uno de esos tipejos de piel bronceada y hechuras de semental que frecuentan las playas de Las Islas. Estuvieron viviendo a lo grande en un hotel de la costa, hasta que a ella se le acabaron los cuartos. Entonces el pollo desapareció del mapa. Jessica se lo tomó por la tremenda ingiriendo un montón de píldoras y una botella de ginebra. Por suerte fue encontrada a tiempo por una empleada de hotel. Los vomitivos y el lavado de estómago consiguieron salvarla, pero tuvo que pasar más de un año para que volviese a ser la de antes. Yo temo que todo esto pueda ser fatal para ella. Si se desmorona otra vez, puede ser para siempre.

Recordé que guardaba una botella de «Napoleón» —que esperaba descorchar algún día, justo cuando desentrañase el caso del siglo— y dos copas, en alguna parte. Serví bastante más de lo que entienden en los bares por un doble de coñac.

Apagado el segundo pitillo, con la copa en la mano, Ronald Sarandon cambió de postura arrancando algunos quejidos del sillón. Se llevó la

copa a los labios y bebió un buen trago.

—La chica se pasó con el whisky la otra noche —comencé diciendo—. Acababa de ver a su padre sobre el mármol del depósito y me pareció natural. En las demás ocasiones me ha dado la impresión de ser una persona totalmente equilibrada. También yo he intentado convencerla de que vuelva a Las Islas y no me ha hecho caso. Ella cree que alguien mató a su padre; desconfía de los razonamientos de la policía aunque parezcan verosímiles, y quizá lo sean, no lo sé, pero un razonamiento no es una prueba, y eso es precisamente lo que ella espera de mí.

—¿Una prueba? A juzgar por su eficacia mostrada hasta el momento, la espera puede ser larga.

—Tal vez publique un anuncio en la prensa. Algo más o menos así: «Se desea conocer la identidad de asesino o asesinos de Fulano de Tal. Máxima discreción. Trato directo; abstenerse intermediarios. Se gratificará.» ¿Qué le parece?

Ronald Sarandon paseó su mirada de miope por algunos puntos de la pared situados

por encima de mi cabeza, quizá contando hasta cien. Cuando finalmente fue a posarlos sobre la copa vacía, dijo:

—Sospecho que voy a salir de aquí tan preocupado como lo estaba antes de venir.

—Tratemos de hilvanar una conversación amigable —propuse, mientras echaba un poco de coñac en las copas—. Hagamos como si fuésemos civilizados. Tal vez resulte bien.

—Yo no lo juraría.

—A usted le preocupa la chica; a ella cómo y por qué murió su padre; a mí, resolver cuanto antes ese interrogante. Todo tiene relación, ¿no le parece?

—...

—Creo que me ayudaría bastante conocer algo más sobre míster Harvey. Apenas sé de él lo que su hija me ha contado. Sin embargo hay cosas de las que ella puede que no esté tan al corriente... Su socio rondaba los setenta y supongo que ya habría renunciado a las mujeres, pero años antes...

Ronald Sarandon me interrumpió comprendiendo adónde quería ir a parar.

—John enviudó a los dos años de casado. Claro que tuvo sus apañes por ahí, pero nunca nada duradero... En cualquier caso, ha llovido mucho desde entonces.

—¿Ninguna mujer que pudiera abrigar la esperanza de convertirse en la señora Harvey, y se considerase poco menos que defraudada? —insistí.

—En absoluto. John jamás les daba pie a que llegasen a pensar nada parecido.

—Según miss Harvey, hacía más de cinco años que su padre no abandonaba Las Islas;

¿tenía algo de especial ese viaje?

—Nada, salvo que era un viaje corto y podía hacerse en barco... Con frecuencia John sacaba a relucir mi mano izquierda para tratar con los compradores y clientes. Era un cuento chino. De fijo él valía mucho más que yo para eso, pero le aterraban los aviones.

Por eso quiso aprovechar la oportunidad de zafarse unos días de los follones administrativos. Manejar una empresa que cuenta con cerca de doscientos empleados, no es nada fácil. Estoy empezando a saberlo... Esa es otra razón por la que me gustaría ver a Jessica de regreso. Ella ayudaba a su padre y sabe cómo van los asuntos mucho mejor que yo.

—¿Significa eso que el viaje de míster Harvey fue un tanto precipitado?

—Nada de eso. Mi socio tuvo tiempo de hacer y deshacer las maletas unas cuentas veces...

—¿Y comentarlo con alguna persona?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué lo pregunta?

—Miss Harvey opina que su padre no tenía enemigos.

—Y es cierto.

—Eso del desguace debe ser el único negocio del mundo donde, por lo visto, no hay zancadillas entre los competidores.

—Yo no he dicho tanto. Pero si verdaderamente alguien ha dado muerte a John, no busque al responsable entre los competidores. Todo el mundo lo apreciaba. Ha llegado a favorecer los intereses de algún competidor sin tener en cuenta los nuestros... Le he soltado más de una filípica por ese motivo.

—Y supongo que ahora va a decirme que su socio supo salir de la nada. Que antes fue

ascensorista, lavaplatos, mozo de estación, o algo parecido. Nunca he creído ni media palabra de esas historias, se lo anticipo por si acaso.

Ronald Sarandon rió de oreja a oreja.

—Ni yo tampoco. Para ser exacto le diré que John empezó con ciento veinticinco mil dólares.

—Eso hace años, era mucha pasta.

—La suficiente para iniciar cualquier negocio... Me parece que será mejor que le hable del origen de ese dinero.

Ronald Sarandon condujo las gafas al nacimiento de su nariz por enésima vez, terminó con la segunda copa y volvió a tomar la palabra.

—John estuvo en la Segunda Guerra. A los veintitantos años se le pasó por la cabeza abandonar su casa de Fairview, pequeña localidad de Oklahoma, donde vivía con sus padres, y liarse a tiros con alemanes, japoneses e italianos. Supongo que los aldabonazos de patriotismo vertidos por la prensa de entonces y los discursos patrioterros de los encargados de reclutamiento voluntario, tuvieron bastante que ver en aquella decisión...

No supo de la muerte de sus viejos hasta el regreso. La carta que escribió un vecino contándole cómo fue, debió perderse en algún lugar de Europa, o en el fondo de cualquier océano. Permaneció en Fairview hasta que se quedó sin un centavo. Trabajó en un montón de sitios donde apenas le daban para matar el hambre... Eran malos tiempos aquellos... Al fin se cansó, vendió los cuatro trastos que tenía en casa, compró un coche de segunda mano y decidió largarse lo más lejos posible. Se unió a otros tres trotacaminos como él... Trabajaban de braceros o de lo que fuera saliendo, dormían al raso y nunca permanecían mucho tiempo en el mismo lugar. Una tarde los sorprendió la tormenta, buscaron refugio entre las ruinas de una casa. A juzgar por lo que quedaba de ella, había sido una mansión de alto copete. Oculto en el hueco de una pared encontraron un paquete

conteniendo quinientos mil dólares. Cincuenta hermosos paquetes. En cada paquete cien billetes de cien pavos.., Fue como descubrir de pronto los tesoros de Ali-Babá... La tormenta se convirtió en diluvio. Hubo inundaciones, y la mayor parte de las carreteras quedaron cortadas. Tuvieron que buscar refugio de nuevo en un granero, a escasas millas de aquella casa, donde permanecieron varios días. Aunque habían decidido no gastar ni un centavo de aquel dinero mientras no se alejasen lo bastante, cada cual tenía su parte en el bolsillo. La noche anterior a la partida John salió a dar una vuelta por los alrededores; los otros prefirieron permanecer en el granero, al abrigo del fuego. Un repentino resplandor le obligó a regresar precipitadamente. Llegó justo a tiempo de ver cómo se hundía el techo del granero alcanzado por las llamas. Horas después encontraron tres cuerpos carbonizados entre las cenizas... Sobre la mesa de trabajo de John hay una fotografía de los cuatro; fue hecha por un fotógrafo ambulante al que admitieron como pasajero en cierta ocasión...

—¿A ninguno de los cuatro se les pasó por la cabeza dar cuenta a la policía de aquel hallazgo? —pregunté mientras servía una tercera copa.

Ronald Sarandon puso ese rostro de asombro tan característico en las personas que creían agotada su capacidad de sorpresa.

—¡Y perder medio millón de pavos! No creo que se les pudiera ocurrir nada tan peregrino como eso. Que yo sepa, nadie esconde una cantidad semejante en el hueco de

una pared si es dinero limpio. ¿Usted qué hubiera hecho?

Afortunadamente Ronald no esperó mi respuesta, quizá porque la imaginaba.

—Alguien debió darle a John un buen consejo asegurándole que uno de los negocios más boyantes del momento era el de chatarrero. La guerra había dejado miles de artefactos inservibles o anticuados que sólo podían tener utilidad convertidos otra vez en materia prima. Yo salí a escena cuando él estaba medianamente situado. Había perdido a su esposa, y tenía bastante abandonado el negocio. Sin lugar a dudas ésa fue la razón por la que propuso formásemos sociedad...

Ronald echó un vistazo a su reloj de pulsera y apuró la copa de un trago.

—Dentro de media hora sale mi avión —dijo, levantándose—, ¿Qué le ha parecido la historia?

—Creo que en Hollywood se la pagarían bien.

Sarandon estrechó mi mano que se perdió entre la suya. Volvió a reír de oreja a oreja antes de responder:

—Le aseguro que es real. Pregunte a la chica; ella se la habrá oído contar a su padre tantas veces como yo. Pero hágalo más adelante, no ahora; preferiría que no supiese de nuestra entrevista por el momento, comprendería el motivo.

* * *

Me puse en contacto con Tibbs; dije que necesitaba sus servicios.

Llamé por teléfono a un taller de reparación de automóviles, les dije dónde podían encontrar mi coche, que partía al día siguiente para Reno y necesitaba una revisión general.

—Mandaremos a uno de nuestros mecánicos a recoger su vehículo ahora mismo — me aseguraron.

Cuando el mecánico salió del aparcamiento subterráneo conduciendo mi Ford, yo iba detrás en el taxi de Tibbs.

Había elegido aquel taller porque estaba en Green Street, lo que significaba cruzar la ciudad en dirección Este-Oeste. Disponía del tiempo suficiente para averiguar si los tipos del Chevrolet seguían interesados por mí. Lo descubrí poco después, en el cruce con Van Ness Avenue; tuve que acostarme en el asiento para no ser visto.

—Cuando te detengas en un semáforo procura hacerlo lejos de ese Chevrolet —dije a Tibbs.

—A ver si lo entiendo: Primero me pides que siga al Ford verde metalizado, y ahora resulta que también te interesa el Chevrolet, ¿cómo es eso?

—No me digas que no has oído hablar de una cosa llamada pluriempleo.

—Creo que esos cincuenta pavos se van a quedar cortos, no sé por qué.

Ignoro si mis perseguidores se dieron cuenta de que no era yo quien iba al volante del Ford, pero no se despegaron de él.

Cuando al fin se detuvo frente al taller de reparaciones y descendió un

tipo canijo embutido en un mono de trabajo grasiento, vi a mis «amigos» cambiar impresiones. El de

las patillas no parecía muy contento, estuvo braceando, tratando de convencer al otro con sus argumentos, seguramente. Al fin optaron por largarse.

—Vamos tras ellos.

El Chevrolet marfil continuó por Green Street hasta desembocar en Montgomery Street por la que se adentró cosa de cinco o seis manzanas, hasta detenerse frente a una bolera. Bajaron sus dos ocupantes. Tuve oportunidad de verle la jeta al compañero del patilludo. Era delgado, de largas patas, llevaba una camisa desabrochada, verde con dibujos rojos, parecían renacuajos o espermatozoides aumentados millones de veces.

Esperé a verlos desaparecer tras la puerta de la bolera para bajar del taxi.

—¿Qué hay de mis cincuenta? —preguntó Tibbs, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Espera aquí, puede que aún te necesite.

—No intentarás jugármela, ¿eh?

La bolera estaba de bote en bote, pero mis hombres no estaban entre los jugadores.

Tampoco los vi en torno a las máquinas tragaperras, ni en el bar. Al final de la barra había una puerta. Recordé que los locales públicos deben tener dos accesos y corrí hacia ella. Vi un taxi a cierta distancia; dentro había alguien que vestía una prenda verde salpicada de adornos rojos.

Se posó una mano sobre mi hombro izquierdo, me volví justo para recibir lo más parecido a una coz en la mandíbula.

Cuando desperté estaba sentado en uno de los retretes de la bolera.

Salí de allí palpándome la mandíbula para comprobar que no tenía nada roto. Me preguntaba cuánto tiempo había estado groggy. Tibbs, que seguía aguardando, me sacó de dudas.

—Llevo cerca de una hora esperando; habrá que subir la tarifa, pollo.

—No sigas fastidiando o le digo a tu chica lo de este trabajito. Se llama Stella, ¿no? Si no recuerdo mal es ella quien te administra la pasta...

—¡Eso es un cochino chantaje!

—¡No me digas!

* * *

Apoyados, uno sobre la puerta, y otro sentado sobre un escalón próximo al rellano, con los codos en el peldaño siguiente, me esperaban con aire aburrido. En el suelo había unas colillas y algunos escupitajos extendidos con la suela del zapato. Conocía a uno de ellos; un tipo bajo y cabezón, por haberlo visto varias veces acompañando al teniente Anderson. Se llamaba algo tan poco original como Smith, y era sargento de Homicidios.

—Veamos si acierto: Os persigue la pasma y buscáis cobijo en mi casa.

—Déjate de historias y acompáñanos. ¿Tienes idea del tiempo que llevamos aquí? —

inquirió el compañero de Smith.

—¿Estoy detenido?

—Smith quiso ponerse serio, pero eso hubiera supuesto un esfuerzo excesivo para sus músculos faciales, y se quedó a medio camino.

—Estás invitado a una recepción que celebra el teniente en su despacho.

—Y soy el único invitado.

—Algo así.

Smith se sentó conmigo en el asiento trasero, el otro se puso al volante. Conducía como suelen hacerlo los que no han pagado una multa en su vida. Nuestra llegada a comisaría fue anunciada por el chirrido de un frenazo que hubiera podido resultar fatal para un cardíaco.

Cuando nos detuvimos frente a la comisaría los agentes de la puerta intercambiaron miradas de inteligencia y veladas sonrisas.

El teniente Anderson no estaba en su oficina, sino de pie, junto a un

archivador, fingiendo que revisaba unos papeles. Terminada la representación hizo dos señas con la cabeza; a mí para que ocupase una de las sillas; la otra dirigida a Smith y su compañero, indicándoles que fueran a dar una vuelta por ahí.

Peter Anderson era un hombre de estatura media, cara redonda y pelo plateado y abundante. Lucía un bigotillo gris que recordaba un poco al de cierto dictador de origen austríaco. Se decía que esperaba el retiro como agua de mayo; que soñaba con marcharse a su tierra natal y emplear su tiempo en pescar truchas y recoger setas.

Anderson se sentó a medias sobre uno de los cajones del archivador, extrajo de un bolsillo un papel doblado y me lo tendió. Era la fotocopia que Carlitos se había llevado tan precipitadamente junto a sus reliquias.

—Le supongo enterado de lo de Carlitos... Encontramos esto en uno de sus bolsillos.

—Es de John Harvey, el hombre que murió ahogado, ¿recuerda? He repartido un montón de fotocopias como ésa en los últimos días.

Anderson me hizo ver con un gesto que no era eso lo que le interesaba.

—¿Se le ocurre alguna razón por la que Carlitos quisiera suicidarse?

—¿Ha hecho que me traigan sus gorilas para preguntarme eso? Carlitos ha sido devorado por su presente, o algo parecido... Viene en la prensa.

—Me importa un bledo lo que diga la prensa. En cuanto al motivo de hacerlo venir, ya sabe lo rutinario que es nuestro trabajo... Carlitos llevaba sus señas en el bolsillo y yo debía conocer el motivo.

—¿Y eso es todo?

—Bueno, hay otro pequeño detalle. He sabido que estuvo de cháchara con Carlitos el pasado viernes...

—Así es, pero no me dijo que pensaba ahorcarse.

—¿De qué hablaron entonces?

—De Arte Precolombino. Carlitos era una autoridad en la materia.

—No lo he llamado para oírle decir todas las estupideces que se le

ocurran.

—Ese es el quid de la cuestión. Todavía no sé por qué estoy aquí.

—Cuando alguien decide quitarse de en medio es porque no le van las cosas demasiado bien y pensé que quizá pudiera darme una luz. Fue de los últimos que lo vieron con vida... Carlitos era una especie de héroe local. De alguna manera, formaba parte de la historia de esta ciudad. ¡Qué demonio! Me gustaría poner algo menos frío que «suicidio»

en ese informe.

—Sustitúyalo por «accidente». Puede parecer un pretexto muy manido, pero eficaz.

—Nadie se ahorca por accidente.

—Estando borracho todo es posible, ¿no le parece?

—No, no me parece. Además, Carlitos no había bebido ni una gota de alcohol.

—¿Ni siquiera llevaba una botella en el bolsillo? Lástima.

No fue precisamente una mirada amistosa la que me lanzó Peter Anderson.

—No me gusta nada eso que está tratando de insinuar.

—Ni a mí haber sido traído para nada.

Salí de comisaría preguntándome qué tendría Peter Anderson entre ceja y ceja para haberme llamado. Estaba claro que Carlitos había sido sólo un pretexto.

CAPITULO VI

Encontré una carta en el buzón. Curiosamente no se trataba de una factura. Era de Ronald Sarandon. Su carta era breve, escrita a mano. Hoja y sobre ostentaban el membrete de John Harvey & C°.

Míster Monroe:

Entre los papeles que John tenía en su mesa de trabajo he encontrado unos recortes de prensa cuya existencia desconocía. Ignoro si pueden tener alguna importancia para usted; por lo que a mí respecta, no entiendo nada.

Atentamente:

R. Sarandon

P.D. Se me olvidaba: Los recortes estaban en el fondo de un cajón, debajo de un sinfín de papeles, en el interior de un sobre con las iniciales, A.F.

Tres eran los recortes en cuestión. Los tres se hacían eco de la misma noticia, utilizando términos muy parecidos. Resumiendo venían a decir que, «míster Alfred Marshall, tras larga y competida jornada, se había proclamado vencedor comarcal de tiro de pichón».

Acompañando cada una de aquellas crónicas, las fotografías de rigor. Recogiendo el trofeo de manos de algún personaje; con el ojo puesto en el punto de mira; exhibiendo una sonrisa de estudio fotográfico, junto a la copa de marras...

Alguien había escrito —probablemente, el propio John Harvey— la misma fecha en dos de los recortes: «Abril 7». Y en el tercero: «Mayo 1».

Pero no fue ésa la única sorpresa del día.

Un tal Perry, me había dejado un recado en el contestador automático. Me citaba en un bar llamado Locust, para hablarme de «algo que me iba a interesar»).

Yo sabía que Locust era un barucho enclavado en el barrio de la ciudad, frecuentado por lo más florido de los macarras, pero necesitaba saber algo más y pensé que Susan podría aclararme algunos puntos. Susan era una buena amiga de quien hablaré más adelante.

Para mi amiga, Perry era un hijo de mala madre, aunque añadió en su defensa: «No es de los peores, casi nunca leña a sus chicas».

El bar era estrecho y alargado. Ocho o diez mocetones vestidos de domingo ocupaban las tres mesas existentes, bebiendo o jugando al póquer. No parecía que ninguno de ellos hubiese trabajado ni una sola vez en su vida. En un rincón próximo a la puerta había dos de esos aparatos electrónicos que tanto parecen gustar a los faltos de imaginación. El tipo que manejaba uno de aquellos artilugios se parecía a la descripción que Susan me había hecho del tal Perry. Tenía buenas hechuras, e iba tan de punta en blanco como los otros.

Colgaba de su muñeca izquierda una cadena de oro de grandes eslabones y un anillo adornado con una piedra azulada, demasiado nítida para ser simple bisutería, en el dedo corazón.

—¿Perry? — pregunté.

No abrió la boca hasta terminar la partida. Clavó en mí unos ojos negros que hacían

juego con su piel bronceada —en parte por sesiones de solarium— y me hizo un gesto para que fuese tras sus pasos.

Salimos del bar y nos dirigimos a un callejón cercano, deteniéndonos ante un suntuoso Plymouth negro.

—¿Adónde vamos?

—A ninguna parte. Tenemos que hablar.

Entré y me senté. Olía como huelen los coches recién estrenados.

—Sé lo que vas buscando y puedo echarte una mano —dijo Perry mientras se dejaba caer sobre el asiento.

—¿Cuánto me va a costar eso?

El macarra lanzó una sonora carcajada, me palmeó amigablemente la espalda y dijo en tono de chufra:

—Anda, no seas gilipollas. ¿De verdad crees que trato de hacer negocio? ¿Qué podía yo sacar con esto; unos cuantos billetes? Eso es calderilla para mí, ¡muñeco! Lo hago por Carlitos, entérate bien. El me ayudó hace tiempo. Me tuvo en su casa una temporada hasta que pude resolver cierto asunto. Le largué unos dólares, pero hay favores que no

se pagan con dinero, y yo tengo corazón... Esta es mi oportunidad de liquidar mi deuda con él. Creo que puedo ayudarte a descubrir quién le puso la soga al cuello.

—Por ahí dicen que se suicidó.

—¡Quia!, los tipos como ése no se suicidan. Buscan consuelo en la gente, le cuentan a todo el mundo lo desgraciados que son, lloran y lloran... Presumen de lo que fueron...

Seguro que has visto sus fotos... En el fondo les gusta sufrir... Bueno, a lo que iba: Una conocida salió la otra noche con un cliente, algo rarillo él. El tío disfrutaba haciendo en el asiento del coche lo que puede hacerse tan ricamente en la cama. Estaban aparcados en la playa, muy cerca de ese astillero de pesqueros...

—Que es justo donde vivía Carlitos.

—Eso es. Mi amiga vio algo que tomó por una disputa entre borrachos. Ya sabes, gritos, zarandeos, y cosas así. Quisieron entrar en una casa, pero uno de ellos no estaba muy conforme, y los otros dos tuvieron que bregar lo suyo para conseguirlo...

—Y a la mañana siguiente apareció Carlitos convertido en portalámparas.

—Caliente, caliente...

—¿Qué más?

—Nada más.

—Si eso es todo lo que puedes decirme no creo que hayas cumplido con Carlitos. Dile a esa amiga tuya que se exprima la almenira tratando de recordar algo que me pueda llevar hasta esos dos pájaros.

—Oye, tú, mi chica iba a lo suyo. Además, era de noche, ya te lo he dicho. ¿Qué querías, la ficha completa? ¡Vaya mierda de investigador eres tú!

—Si tu amiga contase lo que vio puede que la pasma cambiase de opinión. Ellos piensan que Carlitos estaba más que harto de esta vida.

—Pero ¿esos piensan? Mira, macho, a esa gente ni mentarla. Y si les vas con el cuento, mi amiga jurará por su santa madre que esa noche la pasó aprendiendo a hacer espagueti a la «pocatello». En cuanto a ti,

se de unos muchachos que me quieren bien que se ocuparán de darte un buen repaso. No seas gilipollas, encárgate tú del asunto y lo gloria

será tuya, ¿no es mejor así?

—¿Cómo sabías que yo andaba metido en lo de Carlitos?

—Eso no te importa. También sé que te ocupas de lo del do ese que apareció muerto en el muelle, y que su niña corre con los gastos... Ya ves qué cosas; los dos vivimos de las hembras, después de todo.

Perry celebró su ocurrencia volviendo a reír tan estrepitosamente como antes.

* * *

Dicen que el oficio de Susan es tan antiguo como el mundo.

Conocí a Susan una tarde, ¿o fue una noche? Bueno, ésa es otra historia. Lo cierto es que la ayudé a librarse de un individuo que pretendió chulearla, y ella me había pagado con creces ese favor ayudándome a resolver algunos asuntillos.

Encontré a Susan en la barra del Penélope frente a un vaso de whisky aguado. Me recibió con una sonrisa larga y un saludo corto:

—¡Hola!

—¿Te apetece un paseo nocturno a orillas del mar?

—¡Qué romántico! ¿A hacer qué?

—Te lo explicaré por el camino.

Susan llevaba un vestido corto, pegado al cuerpo, unido a los hombros desnudos por finos tirantes, y generosamente escotado. Los dibujos de la tela intentaban imitar la piel del leopardo. Tanto el cinturón como el bolso que llevaba en bandolera y los zapatos, eran de color amarillo metálico. Difícilmente hubiera sido confundida por un miembro en activo del Ejército de Salvación.

El coche de mi amiga estaba en un aparcamiento cercano. El empleado de noche se estaba sirviendo un café con leche de un termo, cuando entramos. A juzgar por la mirada de complejidad de aquel buen hombre, no hubiera sido fácil convencerle de que era un mal pensado.

—Si no recuerdo mal, tú tenías coche.

—El color del tuyo hace juego con mi corbata. ¿Cómo andas de gasolina?

—He llenado el depósito esta mañana. ¿Adónde vamos exactamente? Hay mar a menos de una milla de aquí.

—Al muelle. Tomas el fresco, te fumas un par de pitos, y mientras tanto yo husmeo un poco por ahí.

—¿Dónde es por ahí? ¿Tiene eso que ver con lo que me preguntaste sobre Perry?

—Puede ser. Todavía no lo sé.

—¿Y qué es lo que quieres husmear? ¿No pretenderás que te ayude sin saber nada de nada?

—En el puerto hay unas oficinas a las que me gustaría echar un vistazo. Aparcaremos a una distancia prudencial y esperarás a que yo salga. Será cosa de diez minutos.

—¡Qué fácil! ¿Y si te descubren, o suena la alarma; ahora las instalan hasta en los puestos de palomitas?

—Eso corre de mi cuenta, tú sólo debes permanecer atenta y con la mano cerca del contacto.

—¿Y si te mando a paseo y decido no ayudarte?

—Piensa en nuestra vieja amistad.

—Nuestra amistad no es tan vieja como todo eso... En fin, no le demos más vueltas, sabes de sobra que voy a ir. Espera a que me cambie.

Susan sacó del maletero una bolsa de plástico. Dentro había una camisa a cuadros, un pantalón de pana violeta y unas sandalias. No tardó más de tres minutos en cambiarse allí mismo; tres minutos que el empleado del aparcamiento no olvidará en su vida.

El puerto estaba tranquilo y escaso de luz, circunstancia que no me disgustó en absoluto. Al parecer, dormían hasta los vigilantes. Mi amiga aparcó en el callejón formado por un largo almacén y el edificio de los frigoríficos de pescado. Apagó las luces y aguardamos unos segundos por si nos habían visto llegar y asomaban las narices. La oficina de Marshall estaba a unas cincuenta yardas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Susan, un poco nerviosa.

—Lo dicho. Enciende un pitillo, descansa, y mantén los oídos y esos ojazos bien abiertos... Ahí, en el varadero, hay un chucho y seguramente un guardián. Si oyes ruido de alarma, ladrillos, gritos o algo parecido, le das al contacto. Yo no tardaré en aparecer.

Las oficinas de Marshall Society estaban situadas en el edificio de ladrillos rojos, anejo a la nave donde había estado días antes. Tenía dos ventanas; una de ellas, la más grande, próxima a la puerta de acceso al personal. La otra estaba en la fachada opuesta, junto a la cual había un pequeño jardín defendido por un seto de adelfas. Me pareció que no iba a ser difícil colarme por ella.

Cubrí con tiras de esparadrapo el cristal y le propiné un golpe fuerte y seco con el tacón del zapato. Despegué el esparadrapo, al que se habían adherido algunos fragmentos de vidrio, y pasé el brazo por el hueco para hacer girar la falleba.

Me serví de las persianas graduables para impedir ser descubierto desde el exterior.

Utilizando una linterna de bolsillo crucé una oficina de regulares proporciones y llegué ante lo que debía ser el despacho de Marshall.

Dentro había una puerta recayente al exterior, es decir, al muelle, y una ventana que daba al varadero. Después de correr la persiana con mucho sigilo, fui directamente a la mesa. Abrí los cajones,forcé uno que se resistía, pero en ninguno de ellos encontré nada que no fueran documentos, permisos de embarque, y una agenda en la que figuraban más de cien nombres por orden alfabético de apellidos. Busqué el correspondiente a la letra «H» y no encontré ningún Harvey.

Habían transcurrido más de quince minutos. Pensé que Susan debía estar mordiéndose las uñas. Iba a volver sobre mis pasos, cuando descubrí una puerta disimulada por el mismo tipo de tela aterciopelada que cubría las paredes. Resultó ser un cuarto de aseo nada ostentoso. Compuesto por retrete, ducha, armario al uso y lavabo. Al fondo, una puerta entreabierta, y tras ésta un armario empotrado de poco más de una yarda de profundidad, donde la mujer de la limpieza guardaba sus trastos: Un aspirador, algunos trapos, botellas de detergente y un regular cubo de basura. Dentro habían algunos papeles arrugados sin importancia para mí, una botella de whisky, y algo que, al pronto, me pareció una boquilla rota, o la caperuza de un bolígrafo, pero que, examinado con

atención me hizo lanzar un ahogado grito de júbilo. Era un tubo de latón ligeramente cónico. Incrustado en éste sobresalían unos fragmentos de caña astillada de bambú.

Salí por la misma ventana que había utilizado para entrar. Cuando estuve en el pequeño jardín calculé mal el salto para salvar las adelfas y caí justo encima de ellas. No fue excesivo el ruido, pero sí lo bastante para que el perro lo oyese. Sus ladridos pronto se confundieron con el runruneo del coche de Susan. Salvar la distancia que me separaba del coche, fue cosa de pocos segundos.

—¡Enciendes un pito y tomas el fresco! ¡Me he fumado un paquete!

—Lo sé, lo sé... No te pongas nerviosa. Vamos a salir tranquilamente, sin llamar la atención de los vigilantes.

Cuando pasamos junto a los dos tipos de uniforme que había en la puerta, yo estaba pegado a Susan. Le había pasado el brazo por el cuello y me entretenía en mordisquearle el lóbulo de la oreja. Disimulo innecesario porque los agentes, apoyados en la pared del edificio que les servía de cobijo, sólo prestaban atención a las voces que salían del transistor.

Susan tenía la camisa pegada al cuerpo por la excesiva transpiración.

—El miedo me hace sudar —murmuró—. ¿Adónde vamos?

—Lincoln Boulevard, 43.

—¿Puedo saber qué vamos a hacer en mi casa?

—Primero ponerte guapa. Después organizaremos un plan para las próximas horas.

—Algo tienes que haber descubierto para ponerte tan contento de repente.

—Si es lo que pienso, puede ser un cebo para pescar un pez muy gordo. Pero, olvidemos eso. Nuestra jornada laboral ha terminado. Vete pensando en un lugar donde mover el esqueleto.

—Conozco uno que es un antro, pero lo pasaremos bien.

—¿Llevas comisión?

—Ya sabes que contigo no uso esos trucos.

Susan vivía en un apartamento de media capa, pequeño y nuevo, con muebles de estilo nórdico y un hermoso helecho en el balcón.

Su mueble bar no estaba mal provisto del todo. Elegí una botella de coñac y me dejé caer sobre un sofá cama, dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario.

Cuando Susan apareció con uno de esos vestidos, ligeros, transparentes, con algo de azul, algo de rosa, algo de hada y de alucinación sensual, el contenido de la botella había variado considerablemente. Nunca supe si porque ella se acicaló despacio o yo bebí de prisa.

CAPITULO VII

Me pareció haber oído ruidos extraños, como pitidos cortos. Quise tantear con las manos buscando la mesita de noche y el interruptor de la lamparita, pero no hallé más que vacío. Intenté incorporarme y empecé a notar esa sensación de mareo y náuseas, tan normal cuando se emplea el alcohol para algo que no sea desinfectar heridas. Cuando la estancia se iluminó de pronto, creí que miles de cristalitos luminosos se clavaban en mis ojos.

—¡Por qué no te duermes de una maldita vez?

Reconocí la voz de Susan.

—Estoy hecho polvo, todo me da vueltas... Apaga esa luz, por favor, Susan... Creo que he oído piar unos pájaros, ¿dónde estamos?

—¡Cómo no vas a estar hecho polvo! Te has bebido una botella de whisky tú solito. Y

eso sin contar con los «latigazos» de antes.

—¿Y esos pájaros?

—Lo que has oído es un reloj de cuco. Anda, acuéstate y procura dormir. Si te entran ganas de vomitar no lo hagas sobre la cama, ni en la alfombra. En el retrete si llegas a tiempo.

—Pero ¿cómo hemos venido hasta aquí? No me acuerdo de nada.

—Un amigo me ayudó a sacarte del club y meterte en el coche. Te he traído a casa; a mi casa. Y te he acostado en mi cama, cosa que nunca he hecho con nadie, por si te interesa... Vamos, duérmela tranquilo. Dentro de unas horas sólo tendrás gastritis y mal sabor de boca.

—¿Qué hora es?

—Tienes el reloj en la muñeca.

A juzgar por su tono de voz, Susan estaba empezando a cansarse de tantas preguntas.

Lo advertí a pesar de mi estado.

—Me bailan los números, dímelos tú —farfullé, alargando el brazo para que ella pudiera verlo.

—Van a dar las nueve. Hazme caso, quédate aquí hasta que se te pase.

—¡No! —exclamé con tozudez de obcecado—. Tengo que irme.

—Pues vete, hijo, vete...

Si la memoria no me falla descendí de espaldas los peldaños que me separaban de la puerta del apartamento de mi amiga, hasta la calle. Precisé de varias intentonas para introducirme en un taxi. Tampoco la salida fue fácil; el chófer me registró los bolsillos hasta encontrar el dinero suficiente para cobrarse la carrera.

Fijé mi meta más inmediata en el hueco del portal de mi casa, al que llegué con éxito luego de algunos vaivenes y trastabilleos. Recuerdo entre brumas que estuve en un tris de dar con las narices en los peldaños. Debí tropezar con el felpudo. Afortunadamente —eso sí lo tengo grabado con nitidez—, me agarré a la baranda. Subí hasta el descansillo, reconocí mi puerta después de leer —o adivinar—, mi nombre escrito junto al botón de timbre, disponiéndome a emprender la ardua tarea de introducir la llave en la cerradura.

Me costó varias intentonas. Cuando al fin cerré la puerta tras de mí, respiré aliviado, pero

inmediatamente comprendí que no había ningún motivo para ello.

No había hecho mi mano más que iniciar el camino hacia el interruptor cuando se iluminó el abombado cristal del portalámparas.

Me encontré con dos individuos. El que había encendido, cejijunto y patilludo, dispuesto a impedirme la salida. Cetrino, delgado, y de largas patas, el otro.

La pareja del Chevrolet había decidido pasar a la acción más directa.

No sólo se hizo la luz en la estancia, también en mi mente se produjo un fenómeno parecido, disipándose, como por encanto, los efectos del alcohol.

—Si estáis buscando las joyas de la familia y los candelabros de plata, perdéis el tiempo.

La respuesta vino en forma de directo en la mandíbula. Debía ser la especialidad de uno de ellos.

—No le lastimes el físico —advirtió el patilargo.

Es curioso la de cosas que uno piensa en cuestión de segundos. Recordé a John Harvey y al pobre Carlitos. En ninguno de los dos casos se habló de huellas de violencia.

Al patilludo, autor del puñetazo, no le gustó ni pizca ser llamado al orden y gruñó algo que no entendí muy bien. Me agarró de la camisa y tiñó con fuerza. Para incorporarme no tuve más que enderezar las piernas.

El patilargo sacó un revólver de alguna parte, apoyó el cañón sobre mi codo y dijo a su compañero:

—Cachéalo.

Convencidos de que mi única arma ofensiva se limitaba a un cortauñas, me obligaron a caminar hasta el despacho. Estaba todo patas arriba. Por lo visto habían utilizado el sistema de vaciar el contenido de los cajones sobre la mesa. La tabaquera había impedido que la botella de «Napoleón» rodase hasta el suelo.

—Después guardaremos eso... —comentó uno de ellos.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. «¿Después? ¿Después de qué?», pensé.

Pero no tuve ocasión de entrar en más cavilaciones. Algo me golpeó la cabeza, justo en el colodrillo, y perdí el conocimiento.

Cuando desperté estaba tumbado en el suelo, cabeza abajo, con las manos atadas a la espalda. Tuve la extraña sensación de estar vestido con ropa húmeda, o expuesto a una fría corriente de aire. El contacto de las manos con la piel de la espalda, me dio la respuesta: Estaba desnudo. Cerré los ojos para no denunciar mi vuelta al mundo consciente, proponiéndome permanecer alerta, como agazapado, aguardando un descuido en la guardia de aquellos mal nacidos.

No sé cuánto tiempo permanecí tumbado, hasta que me cogieron por axilas y tobillos y me trasladaron a alguna parte de la casa. Reconocí el lugar cuando oí el ligero chirrido de la puerta del baño. Volvieron a dejarme en el suelo. Uno de ellos me palpó la zona golpeada.

—Le has dado fuerte. Tiene un buen chichón.

—Pensarán que se lo hizo con la bañera.

Me desataron antes de volverme a coger para zambullirme en la

bañera. Sentí el contacto con el agua. ¡Dios! ¡Cuántos esfuerzos tuve que hacer para seguir fingiéndome inconsciente!

—Trae la botella, le haremos beber un buen trago.

Oí la risa del otro que se alejaba diciendo algo sobre «un accidente». No era difícil suponer a qué clase de accidente se refería.

Al tipo de las patillas se le había ocurrido cogerme del pelo para mantener mi cabeza fuera del agua. Fue entonces cuando abrí los ojos y comprendí lo que debía hacer.

Mi mano derecha apretó con fuerza la prominencia de la entrepierna del patilludo. Su grito de dolor me animó a seguir apretando hasta que conseguí ponerme en pie, apoyándome en el borde de la bañera con la otra mano; luego le di un fortísimo empujón.

El patilludo fue a parar fuera del cuarto de baño, tropezando con su compañero que regresaba con la botella. Salí de la bañera de un salto y cerré la puerta, corriendo el pestillo.

El cuarto de baño tenía una ventana pequeña, cuadrada, no mucho mayor de dos pies, que comunicaba con un reducido conducto, pensado para el paso de los tubos de desagüe y la ventilación. Subí al borde de la bañera, abrí la ventana, pasé una pierna y luego otra. Los trompazos que daban a la puerta, intentando echarla abajo me hicieron descender con toda rapidez. Dicen que el miedo paraliza, que agarrota los músculos. A mí me dio alas.

Había llegado hasta la ventana del piso de abajo cuando oí que derribaban la puerta. La ventana estaba abierta y el cuarto envuelto en penumbra. Percibí el aire viciado, mezcla de vaho, jabón de baño y transpiración. Traté de introducirme del mismo modo como había salido, pero el borde de la bañera estaba resbaladizo y caí sentado dentro de ella.

Así estuve por espacio de algún tiempo; inmóvil, atento a cualquier sonido, al menor murmullo. Escuché voces arriba, en mi piso; luego, pasos precipitados en la escalera, y al fin, el ruido de un motor que pronto se confundió con otros ruidos.

Calculé que debían ser entre las diez y las once de la mañana. Los inquilinos del piso se marchaban juntos a trabajar, poco después de las ocho. Lo lógico era que no hubiese nadie en casa. Me incorporé con cierto trabajo y encendí la luz.

No fue fácil reconocer la imagen del tipo desnudo que me devolvió el espejo. Mi frente era un amasijo de pelos, sudor y sangre, la cual discurría por los surcos de la frente, contorneaba la nariz y se perdía en la comisura de los labios. Una gruesa raya roja cruzada la mejilla derecha y se difuminaba junto a la oreja. Y no era la única; tenía otros muchos arañazos en pecho, brazos y piernas. Las paredes granuladas del conducto me habían señalado por todas partes.

Me cubrí con el albornoz granate que colgaba de una percha, y me dirigí a la puerta de salida. Nadie me vio subir a mi piso.

CAPITULO VIII

Cuando desperté, la cortina era agitada por el viento, permitiendo, con periodicidad casi matemática, que un haz luminoso llegase hasta la puerta-espejo del armario y la refracción me convirtiese en algo espantosamente rojo. Tardé algunos minutos en advertir que todo era por causa de aquel horrible albornoz.

Quise incorporarme, pero no resultó nada fácil. Cada movimiento despertaba un nuevo dolor en alguna parte de mi cuerpo. Una especie de Sacher Masoch se lo hubiera pasado en grande en mi situación.

En cuanto pude sacar los pies de la cama me fui deslizando hasta apoyarlos en el suelo.

El tobillo izquierdo presentaba una hinchazón considerable. Caminé —si es que caminar es arrastrar los pies— hasta la puerta-espejo del armario.

La sangre del rostro era sólo una corteza oscura, adherida a la piel. Algo parecido ocurría con la mayor parte de los arañosos del cuerpo. «Podía ser peor —me dije—, podía estar sumergido en mi propia bañera, o convertido en fiambre sobre una mesa de disección.»

Hasta mí llegaba el ajetreo callejero, rutinario y cansino de todas las mañanas. Me fijé en la hora; ocho y cuarto. Recordaba haber salido del apartamento de Susan alrededor de las nueve... Ella misma me lo había dicho. O sea, que habían transcurrido veinticuatro horas...

Llamé por teléfono a Jessica Harvey, preso de una repentina preocupación. Me alegró oír su voz. Le pedí que no saliera del hotel, añadiendo que pasaría a recogerla.

Tranquilizado en ese punto fui a mi despacho. Los papeles que había visto sobre la mesa el día anterior estaban de nuevo en los cajones; lo mismo ocurrió con la ropa que llevaba cuando me desnudaron. Encontré la carpeta donde guardaba los recortes de prensa que Sarandon me había enviado en su sitio, pero vacía. Tampoco apareció la contera de latón.

Si yo tenía que ser descubierto varios días después gracias al olfato de algún vecino, sumergido en agua jabonosa, coñac en el estómago y un chichón en el colodrillo, lo mejor era quitar de en medio aquellas pruebas de escasa o ninguna consistencia que podían ser un peligro en manos de alguien excesivamente curioso, o dotado de malsana

desconfianza.

Con el pequeño estímulo de dos aspirinas y un poco de agua bicarbonatada me lancé a la difícil tarea de lavarme y rasurarme.

Horas después mi Ford era uno más en fabricar polución y producir decibelios. Mis preocupaciones, sin embargo, eran muy otras; por eso estuve dando vueltas de uno a otro extremo de la ciudad, sin apartar los ojos del espejo retrovisor. Sólo cuando comprobé que no había nadie pegado a mi espalda, decidí visitar al abuelo de Bruno y hacer honor, a sus pizzas.

Cuando mi amigo me vio entrar renqueante y con algunos rasguños vino a mi encuentro. Su cara regordeta y sonrosada se puso del color del papel cuando conoció mi epopeya.

—Tienes que largarte de aquí durante una temporada; si te quedas lo intentarán de nuevo y esta vez no fallarán.

—No es mala idea. Podía irme a Hawai y mandarle desde allí una postal a la chica con mi renuncia.

—¡Nada de eso! ¿Y si esa gente intercepta la tarjeta y van a buscarte?

Bruno era en ocasiones así de imprevisible.

—Vamos, Bruno, formalidad. ¿Cómo puedes creer que voy a abandonar así, por las buenas? Anda, prepárame una pizza... Y esmérate un poco, piensa que puede ser la última.

—Prométeme al menos que saldrás de aquí recto como una flecha para contárselo a la policía.

Se lo prometí porque era justo lo que pensaba hacer.

Sobre la mesa, entre papeles y un cenicero de cobre, atiborrado de colillas, había algunas cajas de plástico transparente del tamaño de un encendedor, conteniendo diversos tipos de cebos artificiales.

Peter Anderson observó con muestras de extrañeza mi dificultad para llegar hasta una de aquellas incómodas sillas.

—¿Tan tontos son los peces que se dejan engañar con moscas de plástico? —se me ocurrió preguntar.

—Eso depende del hambre que tengan. ¿Un accidente?

—No, aunque supongo que ésa hubiera sido la versión oficial.

Anderson fingió no haber oído mi comentario. Destapó una de las cajas depositando la mosca-anzuelo, en la palma de la mano. Parecía un insecto realmente, con las alas prestas a remontar el vuelo.

—¿Si usted fuera pez, no le parece que también mordería el anzuelo?

—Cuando sea pez se lo diré.

Mi respuesta pareció hacerle olvidar que pronto sería un pensionista aficionado a la pesca con caña. Guardó el insecto en su caja, y con los codos sobre la mesa, la mirada interrogante y cierto aire de autoritarismo en la voz, volvió a ser teniente de Homicidios.

—Bueno, diga lo que sea.

—Dos individuos trataron de llenarme el estómago de alcohol para ahogarme después en mi propia bañara. Me salvé por los pelos; huyendo por el conducto de ventilación del cuarto de baño.

Su aspecto pasó a ser el de un funcionario preocupado por rellenar un informe y darse después el gustazo de archivarlo.

—Se ve que hay gente por ahí que no le aprecia mucho. Según usted, ¿a qué obedece esa malquerencia?

—Ya sabe lo que ocurre cuando se investiga. Puede uno no encontrar lo que anda buscando y tropezar con lo inesperado... Lo leí en cierta ocasión en un periódico, a propósito de una redada. Trataban de enchironar a unos cuantos rateros de medio pelo y dieron con una banda internacional dedicada a la falsificación de moneda.

—¡Ya! ¿Y qué es lo que anda buscando o investigando para armar tanto alboroto?

—No sé si debo decírselo sin la autorización de mi cliente.

—Su cliente no puede impedir que lo maten, nosotros tal vez sí. Pero para eso tenemos que estar al tanto de las cosas... Si no es así, ¿para qué demonios ha venido?

Pensé que hablarle de la desaparición de ciertos recortes de prensa y una contera de

latón, no haría más que enredar el asunto, sobre todo si tenía que explicar de dónde había sacado la contera. Decidí darle sólo algunas

pistas.

—¿Recuerda a Jessica Harvey, la hija del industrial que apareció ahogado en el puerto?

Con semejante pregunta logré que me mirase como si me hubieran sorprendido robando el monedero a su anciana madre.

—No puedo creer que aún siga con ese asunto. Eso está más que archivado.

—Mi cliente piensa que archivado no es lo mismo que resuelto, y yo empiezo a opinar algo parecido.

Ya no fue sólo el randa del monedero de su mamá, sino su asesino. Después la había cortado a trocitos y vendida como alimento para perros. Su voz sonó alterada. Creí por un momento que iba a llamar a Smith y su compinche para que me dieran un repaso.

Interrogatorio exhaustivo, creo que lo llamaban y supongo que lo siguen llamando.

—Al grano, Monroe. Ha pasado una etapa poco boyante; estoy enterado. De no ser por esa chica, a estas horas estaría viviendo en el asilo municipal. Eso explica que pretenda estirar cuanto pueda esta farsa de investigación. Lo que es yo no pienso seguirle el juego.

Es posible que hayan intentado matarle, aunque también puede ser un cuento...

Probablemente ha sido un intento de robo, o puede que ni eso... Claro que, también existe la posibilidad de que no me lo haya contado todo. Si es así, peor para usted. Pero le voy a prometer una cosa; Si lo apiolan y sigo en activo, haré lo que pueda por detener al culpable. Y ahora, si no quiere nada más...

No hice más que cerrar la puerta tras de mí cuando oí al teniente Anderson hablar por el interfono. Apenas di dos o tres pasos me crucé con un tipo bien trajeado, ojos de un azul verdoso y rubio como la cerveza.

Salí de la comisaria exagerando la cojera para justificar mi lentitud. En el momento de introducir la llave en el contacto vi que el pollo rubio se encaminaba a un Dodge gris, aparcado a poca distancia.

Arranqué dirigiéndome hacia el distrito Norte de la ciudad, para

terminar aparcando minutos después, frente al edificio de paredes desconchadas de la telefónica.

El rubio de marras entró cuando estaba con el auricular en la mano marcando el número de Ronald Sarandon. En cuanto Sarandon conoció los últimos acontecimientos no dudó en llevar a la práctica mi proyecto. La verdad es que contaba con ello.

Advirtiéndolo el rubio que me iba, dejó de fingir con la guía y salió atropelladamente antes que yo.

Cuando más tarde aparcaba frente al Chancellor Hotel llegaban tres autocares de turistas. El tipo de la puerta, cubierto de entorchados, no parecía demasiado contento con aquella invasión.

Encontré a miss Harvey en su habitación. Estaba a punto de bajar al comedor y me pidió que la acompañase.

La versión que di sobre los arañazos del rostro y mi cojera fueron una retahíla de verdades a medias y embustes de una pieza. Jessica Harvey me escuchaba en silencio; nunca vi mayor semblante de incredulidad en un rostro. Por fortuna no tuvo ocasión de preguntar nada. Descubrí la cara salpicada de acné del botones, buscar entre los comensales y acercarse a nuestra mesa.

—Acaba de llegar este telegrama para usted —dijo, ofreciendo a miss Harvey una

bandeja con la misiva.

Comprendí que Ronald Sarandon había cumplido la primera parte de lo acordado. La joven abrió el telegrama con cierto nerviosismo. Leyó el texto varias veces antes de ofrecérmelo.

«Ven en el primer avión, es urgente. Ronald.»

—No me explico por qué razón no me ha llamado por teléfono —comentó—. En cualquier caso, es lo que yo voy a hacer.

Ronald Sarandon no estaba en la oficina, ni en su piso de soltero, ni en una especie de club a la inglesa, sólo para hombres, del que era socio.

Jessica se sentó, encendió un pitillo, tamborileó sobre un brazo del sillón... Todo ello sin apartar los ojos del teléfono, al que debía considerar el trasto más inútil del mundo.

Volvió a marcar el número de la oficina. Esta vez sí cogió alguien el auricular, pero miss Harvey se quedó sin saber dónde estaba Ronald Sarandon. Entonces intervine yo.

—Si no estoy equivocado, dentro de una hora escasa sale un avión para Las Islas.

Miss Harvey me miró de hito en hito, cuando aún sostenía el auricular en la mano.

—No es propio de Ronald obrar así.

—Puede haberle ocurrido algo. Puede haberle dado un infarto —dije seguro de haber cargado la mano.

—Cuando se sufre un infarto no se está en condiciones de mandar telegrama alguno.

Sospecho que usted no me ha dicho la verdad; incluso puede que no haya absolutamente nada de cierto en esa historia rocambolesca...

—Resulta halagador comprobar lo mucho que confía usted en mí.

—¿Ha traído su coche?

—Sí.

—Está bien, tomaré ese avión.

Cuando salimos del hotel puede ver al pollo rubio tomando un refresco bajo los toldos de la terraza. «¿Vigilancia o protección?», me pregunté.

Confieso que cuando vi elevarse el reactor me sentí liberado de un gran peso.

Descendí los peldaños de acceso al aeropuerto, soportando la fuerte calina. A uno y otro lado del largo pasillo de asfalto, había cientos de vehículos aparcados ordenadamente bajo sombreros de tubo y plástico. El guardacoches, sudoroso y cansino, se dirigía al encuentro de un Packard haciendo gestos al conductor con las manos. Le escuché maldecir, jurar, soltar unos cuantos tacos por lo bajo y vocear finalmente, pero sólo volví la cabeza cuando lanzó un grito cuyo origen ya no pareció ser el enfado sino el pánico.

El Packard pasó sobre el cuerpo del pobre hombre como si lo hubiera hecho sobre un montón de cascotes. Unas cuantas yardas y si el

vehículo no se detenía —y nada indicaba que fuera a hacerlo—, el guardacoches y yo compartiríamos la nota necrológica del día siguiente.

Intenté correr pero me lo impidió la hinchazón del tobillo. Pese a todo pude dar un corto salto, lo bastante para esquivar al maldito Packard que pasó a escasas pulgadas de mí. Lo oí detenerse de un brusco frenazo y volver atrás, mientras yo huía a la pata coja por entre los coches aparcados. Fue entonces cuando sonaron unos disparos; naturalmente pensé que el blanco era yo y proseguí a gatas la huida, hasta que se me interpusieron dos perneras de pantalón azul pálido y unos zapatos marrones. Era el rubio

de marras. Llevaba en la mano el arma con la que acababa de disparar.

—¿Está herido? —preguntó, mientras me agarraba por los hombros.

—No... Creo que no. ¿Y el Packard?

—Ha escapado, pero daremos con él, no se preocupe.

En torno al cuerpo del pobre guardacoches se habían arremolinado algunas personas.

Una joven que dijo ser enfermera lo estaba examinando. Tres agentes de los que prestaban servicio en el aeropuerto trataban de averiguar lo ocurrido. Uno de ellos salió a toda prisa para avisar a sus superiores y pedir una ambulancia, aunque según la enfermera el estado del guardacoches no precisaba ya ninguna urgencia.

El rubio pasó por las narices de los agentes sus credenciales, tomándose la molestia de explicar su presencia allí. Dijo algo sobre despedir a unos parientes y procuró que yo estuviera cerca para oírlo.

Embuste inútil porque una hora más tarde, después de que fuese levantado el cadáver, el tal rubio —que resultó llamarse Owen—, el teniente Anderson, Smith y yo, estábamos reunidos en un departamento facilitado por las autoridades del aeropuerto. Al Parckard lo habían encontrado a menos de una milla, con dos impactos de bala en el maletero.

Conocer el nombre del propietario no nos sirvió de gran cosa, puesto que había sido denunciado su desaparición pocas horas antes.

Anderson me estaba haciendo un montón de preguntas. Algunas no

tenían contestación por el momento; en cuanto a las otras, no estaba muy seguro de si debía o no responderlas.

—Le conté todo en nuestra última entrevista —recordé.

—Todo lo que le dio la gana contar. ¿Pretende hacerme creer que quieren asesinarlo y no sabe por qué?

—He metido las narices en algo que apesta y temen que se extienda el mal olor, es todo lo que sé.

—¿Va a hablarme otra vez del asunto Harvey?

—¿Y usted, piensa decirme de nuevo que es un caso archivado?

Peter Anderson debió pensar que aquél no era el camino y buscó otro.

—Sea lo que sea, una cosa parece clara: Usted dio con algo que asustó a alguien...

Recapacitemos juntos, analicemos cada uno de sus pasos... Saldrá algo. Seguro.

—¿Va a desempolvar el caso Harvey?

—Yo no he dicho semejante cosa.

—Pero bueno, jefe —terció Smith—. Si él no suelta prenda, nosotros nos largamos y allá se las componga.

—No podemos hacerlo, han matado a ese pobre hombre... ¡Y de eso es usted en parte responsable, Monroe! —explotó. Luego más calmado, prosiguió—: Ya ve lo que ha conseguido con ese estúpido silencio. ¿Dónde cree que estaría si Owen no llega a intervenir?

—Owen es un buen muchacho y me ha sacado de un gran apuro, nadie lo niega. Si fuéramos indios nos haríamos un corte en el brazo y uniríamos nuestra sangre. Seríamos hermanos de sangre.

Owen miró a su jefe interrogante. No sabía si enfadarse o tomarlo a broma.

—Déjese de estupideces, Monroe. ¿Por qué no me dice quiénes son ellos?

—¿Ellos? ¿A quién se refiere usted? —pregunté, observando atentamente al teniente.

Por su cuerpo debía circular la adrenalina como el agua por un canalón de desagüe—.

Saber eso es como saber quién anda tras todo este enredo. ¿Supone que si supiera algo no se lo diría? Incluso lo haría publicar en la prensa.

—Estoy seguro de que tienen algún nombre en su lista negra. Una sospecha sin confirmar, tal vez... —comenzó a decir el teniente. Luego, dirigiéndose a Smith y Owen—:

¿Por qué no vais a averiguar si se sabe algo más sobre ese Packard?

—¿Los dos? —gruñó Smith, comprendiendo que su jefe intentaba sacudírselos de encima.

—Es lo que he dicho.

Se levantaron con desgana. Smith movió su cabezota murmurando algo por lo bajo.

Peter Anderson dejó pasar unos minutos antes de decir lo que debía estar rumiando desde el principio de nuestra entrevista.

—Mire, Monroe, no me gustaría jubilarme dejando un asunto patas arriba. Son tantos años de perros de presa... Quiero acabar de una puñetera vez, pero dejándolo todo en orden, ¿comprende?

—¿Comprende? —volvió a decir, molesto por mi mutismo.

—¿Qué le sugiere un bastón, un bastón de bambú?

—Harvey —dijo sin apenas mover los labios, como si le doliese pronunciar ese nombre—. Sé que *él* llevaba uno.

—Encontré la contera de ese bastón en la papelera de una oficina portuaria.

Precisamente donde se le esperaba para mantener una entrevista de negocios, entrevista que no llegó a celebrarse, según ciertas declaraciones, porque Harvey no se presentó.

—¡Un momento! ¿Está tratando de involucrar en esto nada más y nada menos que al mismísimo Alfred Marshall? ¡Qué absurdo! Además, ¿cómo llegó hasta esa papelera?

—No estoy tratando de involucrar a nadie, expongo un hecho. Otro

hecho es que intentaron asesinarme al día siguiente. Luego descubrí que me habían sustraído ese pedazo de latón... En cuanto a cómo llegó hasta esa papelera, eso es algo que usted se puede figurar, ¿no?

—Bien, ¿y qué más?

—Nada más, eso es todo.

El teniente Anderson paseó la mirada por el departamento. Había poco que ver, salvo la fotografía de un Concorde remontando el vuelo. Por eso se entretuvo contemplando aquel enorme abejorro metálico durante algunos segundos.

—En otras palabras: Usted sostiene que el padre de esa chica se entrevistó con Alfred Marshall, y que el tubo de latón pertenece a su bastón de bambú. Dos cosas difíciles de probar, ¿no? Difíciles e increíbles.

—Han intentado plancharme con un Packard y se han llevado por delante a un pobre guardacoches; es lo único que puede probarse.

Entró Smith un tanto precipitadamente.

—Tenemos a dos viejos que han visto salir a un par de individuos de ese Packard.

—Vamos allá. ¿Viene, Monroe?

Eran más o menos las 17.15 cuando dos hombres descendieron del Packard en

cuestión. Lo dejaron mal aparcado y con las portezuelas abiertas de par en par; se introdujeron precipitadamente en una furgoneta que aguardaba con el motor en marcha, y se largaron más que de prisa.

Eso fue cuanto dijeron los dos ancianos. Eso y que uno de ellos llevaba «unas patillas muy largas». Me ocupé de ampliar la descripción del patilludo y su acompañante. Smith y Owen la garabatearon en sus libretas.

El teniente apoyó una mano sobre mi hombro y me habló como si fuera mi confesor, o mi psiquiatra.

—Colaboración, colaboración, amigo Monroe... Ese es el secreto para resolver los asuntos peliagudos.

No introduje la llave en la cerradura hasta comprobar que estaba

intacta la estrecha cinta de papel transparente y engomado que había adherido al marco y a la puerta, para saber si había vuelto a tener visita.

Eché un vistazo por la ventana antes de encender. Descubrí la presencia de Owen, repantigado en su asiento del coche, encendiendo un pitillo. Era como mi ángel guardián, sólo que sin alas y con revólver reglamentario.

Abrí la nevera y me decidí por un pedazo de pollo frío y un poco de mostaza con sabor a grasa para coches, y una cerveza.

Poco después me desnudaba y me echaba en la cama con el penúltimo cigarrillo entre los labios. Pensé en Jessica Harvey, trataba de imaginármela enterada por boca de Ronald de la jugarreta que le habíamos gastado entre los dos. «No la permitiré salir de Las Islas, si es preciso la amararé a una silla.» Me había dicho Sarandon.

CAPITULO IX

Me despertó la claridad de un nuevo día. En la calle había otro coche y otro tipo dentro reemplazando a Owen.

Pasaban de las diez cuando me preparaba un café instantáneo tan fuerte que no hubo forma de endulzarlo.

Había desaparecido la hinchazón del tobillo; de los rasguños del rostro apenas quedaban huellas.

Me di un buen baño, incluso silbé algo de una ópera cuando me enjabonaba. No hay como una buena dosis de cafeína para levantar el ánimo.

Alrededor de las doce llegó lo que esperaba en forma de sobre grande, amarillo tostado, medio cubierto de sellos, con el estampado de «Urgente».

Extraje del sobre una fotografía y una revista de publicación mensual con la siguiente nota de Ronald Sarandon; «Sigo sin entender nada. Espero que sepa lo que hace.»

Conocía la revista. Se trataba de una publicación gratuita, autofinanciada por algunas firmas comerciales relacionadas con el negocio marítimo. La abrí por la señal que había puesto Sarandon. Un círculo en rojo destacaba la noticia sobre la subasta con destino al desguace del buque *Polo Norte*, propiedad de la Marshall Society. La

revista había sido editada el mes de enero.

Dos de los recortes de prensa que el padre de Jessica Harvey guardaba en el cajón de su despacho estaban fechadas el 7 de abril, lo recordaba perfectamente. Es decir, casi tres meses después.

En cuanto a la fotografía, no era necesario ser un experto para advertir que se trataba de un viejo original maltratado por el tiempo. Tres hombres de unos veinte o veinticinco años estaban apoyados sobre las portezuelas abiertas de un coche. Un cuarto, en cuclillas, extendía las manos sobre el rescoldo de una fogata. Los cuatro sonreían sin demasiado entusiasmo, sólo porque enfrente había alguien con una cámara. Aunque cada cual había puesto su nombre al pie, no fue necesario leerlos para reconocer en el hombre acucillado al padre de miss Harvey.

Pero no fue John Harvey quien acaparó mi interés. Desde el preciso momento en que tuve la fotografía entre las manos apenas pude apartar los ojos de un rostro. Busqué con cierto nerviosismo una lupa y me aproximé cuanto pude a la luz. Cuando aparté los ojos de la lente de aumento estaba casi seguro de saber quién era mi hombre: Frank Newman.

Me preparé un nuevo café, tan cargado como el anterior y lo bebí mientras redactaba una breve carta. Iba dirigida al Nautic Club y debía ser entregada a míster Alfred Marshall.

En cuanto la puse en manos del conserje volví a la oficina. Consulté el reloj. Eran las quince horas.

A las 15.22 recibí la llamada que esperaba.

—¿Monroe?

—He leído la carta. Esta noche a las diez en los silos del muelle 39. Vaya solo.

—Allí estaré.

El diálogo había sido lacónico, como el de una partida de póquer. Me dije que acababa de lanzar al aire el mayor farol de mi vida y quizá el último.

Era noche cerrada cuando salí a la calle. No vi a mi ángel guardián por ninguna parte.

Llegué hasta la verja del puerto sin haber descubierto a nadie a mis espaldas.

Cuando pasé junto al edificio de Correos y Telégrafos eran las diez menos cinco. A las diez en punto me detenía junto a unas pequeñas construcciones de ladrillo. Al fondo, una mole difusa impedía ver la continuación de los muelles. Apagué los faros y puse lumbre al pitillo. Entonces se me ocurrió pensar que cuando se fuma de noche, uno se convierte en el blanco perfecto y perdí momentáneamente la afición por el tabaco.

Alguien se acercaba; su paso fugaz por una zona iluminada no me permitió ver su aspecto, sólo que llevaba uno de esos cascos de protección para los motoristas. Llegó hasta mi Ford y casi introdujo el casco por la ventanilla. Era «Patilargo». Nos miramos en silencio deseándonos lo peor.

—Baja y sígueme, te están esperando —gruñó.

Hablar con un sujeto que ha intentado matarte en dos ocasiones hubiera sido pedir demasiado. Me limité a seguirlo.

Conté hasta seis camiones aparcados junto a una gran tolva y bajo ésta, el coche de una pareja que practicaba el cuerpo a cuerpo en el asiento posterior. A «Patilargo» no le gustó ni pizca ver allí a dos extraños, incluso creí advertir el gesto instintivo de su mano derecha encaminarse hacia el bolsillo interior de la chaqueta.

Llegamos ante la caseta de una báscula para camiones. Mi guía se coló por una entrada lateral; la puerta estaba entornada, él la dejó totalmente abierta. La caseta estaba en penumbra, la única claridad procedía del exterior y de una abertura rectangular que había en el suelo, la cual daba acceso a una estrecha escalera desprovista de pasamanos.

«Patilargo» dio un nuevo gruñido.

—Ahí abajo te esperan.

La escalera llevaba directamente a un recinto que albergaba el mecanismo de la báscula. A un metro del último peldaño estaba Alfred Marshall, sentado sobre la única silla existente. Lo vi pasarse el pañuelo por la frente empapada, desbaratando en parte su arreglo

capilar.

Una pantalla de cartón rodeaba la bombilla de luz amarillenta que pendía sobre la cabeza del naviero, proyectando un rayo de luz reducido. Fuera de éste, reinaba la oscuridad más completa.

Arriba, «Patilargo» se ponía en comunicación con alguien valiéndose de un transmisor; supuse que para confirmarle a su jefe que yo había acudido solo. No me equivoqué.

—Todo en orden —dijo.

Yo estaba detenido frente a Alfred Marshall, dentro del círculo luminoso. Lo bastante cerca para verlo derretirse en su propia salsa.

—Bien. ¿Qué es eso que puede interesarme? —preguntó, encarando hacia mí los discos oscuros de sus gafas.

—Una vieja historia La vida y milagros de cierto sujeto especializado en accidentes.

Hace un montón de años mató a sus propios amigos para apoderarse de una respetable fortuna. Cambió de nombre; se convirtió en un personaje importante. Sus viejas hazañas

pasaron a ser simples pecadillos de juventud. Todo iba sobre ruedas hasta que apareció alguien capaz de aguarle la fiesta. Nuestro hombre no lo dudó ni un momento; matar de nuevo era la solución. Se las arregló para fabricar otro accidente. La policía mordió el anzuelo, pero la hija de la víctima contrató a alguien para que investigara por su cuenta...

Ese alguien ha reunido unas cuantas pruebas interesantes y está dudando sobre lo que hacer con ellas... He pensado que quizá a usted se le ocurra algo.

Alfred Marshall pasó nuevamente el pañuelo por la frente empapada.

No me gustó ni pizca ver aflorar su sonrisa de dientes iguales. Pero la respuesta aún me gustó menos.

—¿Y no ha pensado ese alguien que también él puede sufrir un accidente?

—Es lo menos aconsejable, salvo que quiera ver publicada su historia en los periódicos de la ciudad. Todo el mundo habla de los oscuros

orígenes de algunas fortunas, pero pocas veces se les puede servir en bandeja un caso con nombre y apellidos... Los periódicos se venderán como rosquillas...

El pañuelo escapó de sus manos. Un largo mechón que crecía a escasas pulgadas de una oreja, utilizado para ocultar parte de su calva, cayó sobre un hombro.

—¡Bocazas! ¡No tienes nada que pueda comprometerme, ni una cochina prueba!

¡Díselo! ¡Díselo tú! —exclamó esto último sin dejar de reír, dirigiéndose a alguien que había a mi espalda, protegido por la oscuridad.

—Sabe que no existen tales pruebas, Monroe. Sólo tiene algunos indicios y con ellos lanza dardos al aire convencido de que alguno dará en el blanco. Tampoco creo que sea un chantajista, como está tratando de darnos a entender. Seguramente anda buscando las pruebas que no tiene, un poco a la desesperada. A falta de cabeza tiene redaños, pero le van a servir de bien poco.

Reconocí aquella voz mucho antes de ver surgir la cabeza plateada de Peter Anderson.

La seguridad de estar corriendo un serio peligro impidió que me considerase el hombre más idiota del planeta.

El policía me miró como si lamentase verme en aquel trance.

—Monroe, Monroe... Usted trabajó hace años en una compañía de seguros; debió permanecer en ella.

—Demasiado monótono para mi gusto. Los días se pare cían unos a otros como dos gotas de agua. Esto es más interesante. Se conocen toda clase de individuos: Matones, criminales, falsos magnates, policías corruptos....

—Tal vez, pero tiene un gran inconveniente: Se vive mucho menos tiempo —

interrumpió Anderson.

Alfred Marshall corroboró el comentario con una nueva explosión de risa; risa que fue subiendo de tono hasta convertirse en algo muy próximo al histerismo.

—¡Martin, es tuyo! —gritó de pronto.

Comprendí que Martin era el tipo a quien yo llamaba «Patilargo», el cual iba a disfrutar de una tercera posibilidad de acabar conmigo, y me propuse hacer lo indecible por evitarlo.

Tiré con fuerza de la pantalla llevándome con ella unas yardas de cable; la bombilla explotó al chocar con el suelo, sumiendo el recinto en la más completa oscuridad. Al mismo tiempo con la otra mano propinaba un fuerte empujón al teniente Anderson,

obligándole a caer. En cuanto al naviero, me desentendí de él, pensando que tardaría unos segundos en reaccionar. Preferí subir la escalera a toda prisa.

Tropecé con Martin que bajaba, él venía de un lugar en penumbra y se adentraba en otro totalmente oscuro, al contrario que yo. Esto me favorecía. Le di un cabezazo en la boca del estómago haciéndole caer fuera de la escalera. Por desgracia la altura era poca.

Sonó un estampido cuando alcanzaba los últimos peldaños y sentí una quemazón en la mejilla. Alcancé la puerta de la caseta y seguí en dirección a la zona peor iluminada.

El coche oculto bajo la tolva, ocupado por la pareja, no tardó en ponerse en marcha buscando la salida. Alguien les disparó, pensando seguramente que era yo quien huía.

Me oculté entre los camiones, justo a tiempo de ver salir de la caseta, adoptando toda suerte de precauciones, a Martin, Anderson y el naviero. Iban armados y debían pensar que también yo lo estaba, pero había sido lo bastante estúpido como para no llevar ni un tirachinas.

Martin intentaba comunicarse con alguien por medio de un transistor.

Estaba seguro de haber visto un fogonazo en lo alto de los silos. Había por lo menos cuatro tipos dispuestos a convertirme en el protagonista de una página de sucesos. Intentarían rodearme y cazarme como a uno de esos pobres pichones que servían a Alfred Marshall para cosechar trofeos.

A unas treinta yardas de donde me hallaba había una torreta que sustentaba unos cuantos focos orientados en todas direcciones. Sujeto a uno de los pies de la torreta, un cajón de madera. Sin duda allí estaban los conmutadores de la luz. Se me ocurrió que si repetía la jugarreta de minutos antes y lo dejaba todo a oscuras, la posibilidad

de salir bien librado aumentaría considerablemente.

No había hecho más que colarme bajo el primer camión con el propósito de avanzar a rastras a lo largo de todos ellos y recorrer así gran parte de la distancia que me separaba de la torreta, cuando tropecé con un objeto metálico medio enterrado en la grava. Era una manivela. Me dije que podía ser un arma efectiva llegado el caso, y la cogí.

Alcancé el final falto de aliento y con los codos a carne viva.

Descansé para recuperar el resuello y observar posiciones. Sólo logré ver al naviero oculto tras su propio coche. Parecía terriblemente asustado.

Alguien que se acercaba cautelosamente hizo crujir la grava bajo sus pies. Al principio no vi más que una sombra enormemente estilizada avanzar con lentitud; luego, la sombra se materializó convirtiéndose en ese ser de largas patas y aspecto patibulario que era Martin.

Contener la respiración, convertirme en estatua y rezar, fue cuanto se me ocurrió hacer. Nunca como entonces comprendí el significado de la frase: «Sudar como un condenado.» Si a Martin se le hubiera ocurrido volver la cabeza yo hubiese quedado convertido, *ipso facto*, en una sartén de asar castañas. Afortunadamente no lo hizo.

Pasados unos minutos pude llegar a la torreta, abrir la caja y cambiar los conmutadores de posición, dejando el recinto de los silos totalmente a oscuras. Luego me largué de allí tan de prisa como pude.

Cuando consideré que me hallaba lo bastante lejos de la torreta, traté de orientar mis pasos hasta el Ford.

Lejos, muy lejos, al otro lado del muelle, las luces móviles de los vehículos eran como

cuerpos de luciérnagas en un gran campo de maíz.

Pero por lo visto había otra clase de bichos revoloteando por las cercanías. Alguien de dos patas descendía por una de las escaleras de acceso a los silos. Me situé justo debajo de ella y esperé.

Quienquiera que fuese llevaba algo centelleante, provisto de cañón y punto de mira.

Además de rápido, debía yo ser contundente.

Di un salto, me planté a sus espaldas y le golpeé la cabeza una, dos, hasta cinco veces, con la manivela, antes de verlo caer sobre los pocos peldaños que lo separaban del suelo.

No tuve dificultad en encontrar el arma de aquel individuo, pero en el preciso momento en que me alejaba con ella en la mano alguien manipuló los conmutadores devolviendo la luz a aquel lado del muelle.

Oí una retahíla de maldiciones y juramentos, seguidos de varias detonaciones. Algunas balas se perdieron en el aire; otras se clavaron en las torres de hormigón.

Corrí en zigzag buscando de nuevo refugio entre los camiones. Una bala pasó tan cerca de mí que escuché su zumbido.

Marshall seguía tras su Cadillac acompañado por el teniente Anderson. Pronto iba a encontrarme entre dos fuegos si no actuaba con rapidez.

Comprobé que las portezuelas de los camiones no estaban cerradas; me introduje en una cabina; la llave del contacto colgaba del volante.

Todo esto sucedió en menos de dos minutos. Mientras, las balas eran frenadas por los grandes depósitos metálicos utilizados por los camiones para el transporte de grano.

Desde la cabina hice algunos disparos con el único objeto de evitar que se aproximasen.

Luego accioné el contacto.

Conducir aquel trasto no era lo mismo que manejar un coche, había que coger el volante con ambas manos y no soltarlo. Vi por el espejo lateral cómo Martin cargaba su arma y corría de nuevo hacia el camión, pero nos separaba una distancia considerable.

El teniente Anderson y Marshall se preparaban para recibirme a tiros.

No llevaba demasiada velocidad cuando llegué hasta ellos; por lo que me agaché cuanto pude sin soltar el volante. El cristal de una portezuela se convirtió en algo totalmente opaco antes de disgregarse en miles de fragmentos. Una mano se agarró con fuerza al marco vacío en tanto que la otra, armada de una pistola, apuntaba hacia mí. Fue el mío un movimiento instintivo. Abrí violentamente la portezuela y Peter Anderson quedó colgado de ella con los pies a escasas pulgadas del suelo. La única bala disparada por el policía debió incrustarse en

el techo de la cabina. Cuando el teniente me vio apuntar hacia él, se soltó. Dada la velocidad del camión el golpe hubiera podido dejarlo maltrecho, pero no fue así. Vi por el espejo lateral cómo se incorporaba.

Cuando salí del recinto de los silos primero y de los portuarios poco más tarde, para adentrarme por una carretera de segundo orden, advertí por el espejo lateral que me seguían dos vehículos. Mi viejo conocido el Chevrolet y el suntuoso Cadillac de Alfredo Marshall. El primero se aproximaba por momentos; el del naviero parecía dispuesto a mantener la distancia y permanecer al margen, por el momento.

Las intenciones de mi inmediato seguidor no podían ser otras que adelantarme para recibirme después a tiros en algún recodo de la carretera, y decidí impedirlo a toda costa.

Aumenté la velocidad bastante más de lo aconsejable en una carretera como aquella,

utilizada sólo para el transporte menor, sin perder de vista la posición del Chevrolet.

Cuando lo supe tras el camión y a escasas yardas de él, frené bruscamente. El choque fue brutal, pero no produjo ningún estrépito; sólo un ruido apagado. Como si alguien arrugase entre las manos una envoltura de papel de aluminio.

En cuanto a mí, sufrí un pequeño golpe en el tórax, sin más consecuencias.

Vi cómo el Cadillac daba media vuelta y desaparecía en un abrir y cerrar de ojos, descendí del camión empuñando el arma, una Walter P38, del año de Maricastaña, y tomando toda suerte de precauciones, pero no tardé en descubrir que no hacía ninguna falta.

Medio Chevrolet estaba materialmente incrustado en la parte baja del camión. Entre aquellos hierros retorcidos estaba Martin, o lo que quedaba de él. Tenía el volante clavado en el pecho, la cabeza ladeada; un brazo asomaba inerte por el hueco sin cristal de una puerta. Gota a gota la sangre caía de la mano, esparciéndose por el asfalto.

Había conseguido salvar el pellejo y conocer el entramado del asunto, pero no tenía ni una maldita prueba que aportar. En cualquier momento podía sufrir un «accidente» y nadie relacionaría mi muerte

con un naviero y un teniente de Homicidios. Estaba más o menos como al principio.

Varias señales de tráfico advirtiéndome la proximidad del paso de una vía férrea me sirvieron para encaminar mis pasos en esa dirección.

Abandoné el camión después de borrar mis huellas del volante, cambio de marchas y de todo cuanto hubiera podido tocar. Por suerte, la carretera, sólo se utilizaba durante las horas de movimiento portuario.

A ambos lados de la vía férrea se alzaban vallas de mampostería y luces en algún que otro poste de madera alquitranada. Caminé despacio, pegado a la valla, sorteando mato-jos, ortigas y excrementos de animales de dos patas.

Pasaba junto a una vía muerta sobre la que había algunos vagones cuando escuché el sonido lejano de unas sirenas. Un vagón me sirvió de atalaya. Desde allí pude distinguir los destellos rojos y azules de los coches patrulla, dirigiéndose a los silos. No era fácil que se les ocurriera acercarse a husmear por donde yo estaba, pero apreté el paso.

* * *

Bares, mesas ocupando las aceras, camareros de temporada, turistas de ambos sexos y algún nativo dispuesto a no pasar solo el resto de la noche.

Di con una mesa libre, pedí un martini y fui al lavabo para asearme un poco. Me lavé la cara, me peiné, escondí el arma entre el calcetín y el tobillo, después de comprobar que el elástico del calcetín era lo bastante fuerte, y limpié los zapatos con papel higiénico. La herida de la mejilla resultó ser un simple arañazo, apenas perceptible.

Ya ante la mesa, me puse a darle vueltas al problema que suponía retirar mi Ford de la proximidad de los silos.

—Pareces alguien que ha perdido la brújula y no sabe volver al buen camino.

Era Susan. No iba en ropa de faena, llevaba unos horribles bermudas a rayas azules, una

blusa blanca, y un medallón sujeto al cuello por una cinta de seda azul. Representaba a una mujer con seis brazos, labrada en marfil,

incrustada en un pedazo de ébano de forma triangular. Supuse que era una diosa hindú o algo parecido.

—¿No andas un poco lejos de tu coto de caza?

Susan se echó al coleteo el resto de mi vermut y se sentó.

—Ya sabes; el paro obligatorio de cada mes... Tráeme uno, Bob —dijo, mostrando el vaso vado al camarero. Yo le hice señas para que fuesen dos.

—¿Se te ha pasado el cabreo? — pregunté.

—Mis cabreos son nubes de verano, de sobra lo sabes... Y eso que te saliste de madre aquella noche. Oye, ¿no habré venido a fastidiarte el plan, ¿eh?

—Encontrarte ha sido lo mejor que podía sucederme —dijo cuando el camarero estuvo fuera de onda.

—Eso parece la letra de uno de esos boleros sudamericanos.

—Lo comprenderás si te digo que tengo bastante hambre, mucho sueño, y es aconsejable que no ponga los pies en mi casa por el momento.

—¿Te busca la policía, o algo parecido?

—Algo parecido.

—Te advierto que para mí cocinar se reduce a destapar botes.

Fuimos a su casa.

Susan abrió la puerta del apartamento, dejó las llaves sobre el mueble del recibidor y luego dijo, con cierto tono imperioso:

—Sígueme.

Llegamos ante una puerta de cristal esmerilado; dentro todo era de color rosa. Bidé rosa, retrete rosa, baño rosa y azulejos rosa. Colgado de una percha, probablemente rosa, un albornoz rosa.

—Has trasladado aquí tu mueble bar.

—Ponte a remojo mientras preparo algo de comer, y dame esa ropa que llevas, la pondré en la lavadora.

—¿Tan mal huelo?

—Hijo mío, harías fracasar cualquier desodorante.

CAPITULO X

Susan conectó la radio. Una emisora local alternaba la publicidad de una hamburguesería con las noticias.

Por lo visto a la pareja que retozaba a sus anchas en el coche no les gustó ni pizca ser interrumpidos y mucho menos despedidos a tiros. Así que fueron directamente a la comisaría más cercana y mostraron los agujeros de bala de la carrocería. El recinto de los silos se convirtió en una concentración de policías. Descubrieron el primer cadáver y algo más tarde el segundo por el aviso de un camionero. Nadie se atrevía a asegurar que ambas muertes estuvieran relacionadas. El periodista decía algo sobre ciertos indicios que la policía se había negado a confirmar sobre la identidad del asesino del primer muerto.

También se comentaba que los muertos no eran precisamente unos angelotes caídos del cielo; su historial delictivo ocupaba media docena de folios.

El maquinista de un buque cisterna aseguraba haber oído disparos entre las 22.30 y las 23 horas. Como los fiambres no presentaban heridas de bala, su declaración aún complicaba más las cosas.

Redacté unas líneas y dije a Susan que debía entregarlas en persona al sargento Smith, media hora después de haberme ido.

Tibbs me aguardaba afuera con el taxi.

—Mejor será advertirte que no vamos de jira campestre. Si decides dar media vuelta y largarte, lo comprenderé.

—Yo también debo decirte algo: Serví en Intendencia. No esperes milagros de mí...

Tengo una automática en la guantera pero con balas de fogeo.

—No pretendo que la emprendas a tiros con nadie. Bastará con que sepas darte el piro a tiempo, si hay jaleo.

—Si es por eso no te preocupes.

El pedigüeño que me pidió lo llevase a una taberna, dijo algo sobre una residencia que Marshall tenía en Tiburón, cuyas formas eran como las de un gran yate de recreo.

Cruzamos el Golden Gate y nos adentramos por las calles de la ciudad. Las luces de neón convertían en objetos decorativos las farolas que, semejantes a las de gas de principios de siglo, adornaban las aceras.

Tibbs se detuvo en una gasolinera para repostar y preguntar al empleado por un edificio que tuviera forma de barco.

Si Tiburón es como un gran mirador desde donde puede verse la ciudad al otro lado de la bahía, la residencia de Alfred Marshall se encontraba en lo más alto de ese mirador, cercada y rodeada de gigantescas secoyas.

Era cierto: su construcción imitaba hasta lo inimaginable a la parte superior de un moderno yate. Con sus cubiertas rodeadas de barandas, puente de mando, chimenea...

Simulacros de botes salvavidas habían sido convertidos en grandes jardineras. Infinidad de ramas de yedra colgaban de ellas formando tupidas cortinas.

Tibbs detuvo el taxi a cierta distancia de la valla de alambre, entre unos arbustos.

Comprobé que la Walter P38 seguía sujeta por el calcetín.

—Dame esa automática —pedí al taxista, obedeciendo a una idea repentina, mientras

le largaba unos cuantos billetes preparados de antemano, sujetos con un clip.

—Esto es para ti. En cuanto me veas al otro lado del vallado de alambre, evapórate.

—Pero ¿quién piensa en esto ahora? —replicó, aceptando los dólares como si fuera el tipo más altruista del mundo.

Tibbs me ayudó a trepar; no fue demasiado difícil. Le calculé más de cinco yardas de altura a la valla. Caí sobre una tupida alfombra de hojarasca que crujió un poco al peso de mi cuerpo. Permanecí inmóvil durante unos segundos, atento al menor ruido. Un grillo comenzó su aleteo sonoro; fue todo lo que oí.

No sabía dónde, pero me figuraba que habría hombres apostados en alguna parte. Fue el olfato lo primero que me advirtió de la presencia de uno. Alguien fumaba no muy lejos de allí. Procedente de la bahía

soplaba una suave brisa, miré atentamente en esa dirección y no tardé en ver un punto rojo que se tornaba incandescente a cortos intervalos. Me alejé dando un rodeo. Fui a parar frente a una construcción cuadrangular.

Salía un gran haz de luz por la ventana. Me agaché para no ser alcanzado por él. Trepé hasta el techo valiéndome de un canal de desagüe; después no tuve más que dar un pequeño salto para alcanzar lo que simulaba ser una de las cubiertas del barco. También las ventanas recordaban los portillos de las naves aunque eran de mayor tamaño y, afortunadamente para mí, no tan herméticas. No fue fácil abrir una de ellas desde fuera.

Una vez en la casa esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad; llevaba una linterna de bolsillo pero no me atreví a utilizarla. Caminé hacia la puerta, cogí el pomo y tiré suavemente.

No había hecho más que poner los pies en la otra habitación cuando se encendieron las luces.

—Adelante, le esperábamos.

Reconocí la voz falsamente aterciopelada de Alfred Marshall. Luego se echó a reír. Su risa era convulsa, grosera; se agarraba la barriga con ambas manos y me mostraba su dentadura, demasiado perfecta para ser auténtica.

Había tres individuos más apuntando con sus «cepillos de dientes» hacia el umbral, que era donde yo me había quedado plantado.

—Tú, cachéalo —ordenó Marshal a uno de sus hombres.

El aludido me dio unos cuantos manotazos hasta encontrar la automática que Tibbs me había dado poco antes.

—Nuestro amigo Anderson tiene razón; no te falta coraje, pero de mollera no andas muy sobrado.

Aquel cerdo rezumaba optimismo. Las cosas se la habían torcido un poco con mi aparición, pero aquél era un problema que consideraba prácticamente resuelto.

Le observé coger el teléfono y marcar un número.

—Lo tenemos. Déjalo en mis manos —dijo simplemente.

Y colgó el auricular.

—Dame su arma

El tipo que me había quitado la automática se la entregó sonriente. Había mayoría de gente feliz en aquella reunión.

Marshall cogió la automática sin sospechar que las balas eran de fogueo. Se entretuvo jugando con ella, apuntando a distintos lugares de la sala como un crío jugando a policías

y ladrones.

Finalmente dirigió la automática hacia mí.

—Tu propia arma tus propias huellas en ella, caída a pocas pulgadas de tu mano derecha, y un pequeño orificio escarlata en tu sien... Nadie dudará de que se trata de un suicidio.

Volvió a reír del mismo modo desagradable de antes. Sus tres gorilas lo hicieron también. Observé que habían bajado la guardia. Sólo la automática seguía apuntando hacia mi cabeza.

Calculé que me separaban del sofá del naviero unas cuatro yardas, cinco a lo sumo.

«Ahora o nunca», pensé.

Di dos zancadas y me lancé sobre Alfred Marshall.

Sonaron varias detonaciones. Sentí como si un hierro al rojo me atravesara el hombro izquierdo. Marshall y yo quedamos ocultos por el sofá que yo había volcado con mi impulso.

En aquellas décimas de segundo ocurrieron varias cosas. Una fue que los hombres del naviero dejaron de disparar por temor a herirlo. Otra, que yo empuñé mi Walter P38. La tercera fue que Alfred Marshall ya no reía, temblaba. Pero hubo una cuarta: De entre los cojines del sofá cayó un objeto que yo había visto antes en otra parte. Un medallón de marfil y ébano.

Maquinalmente guardé el objeto en el bolsillo, resistiéndome a creer lo que la evidencia me mostraba. Si Smith no había recibido mi mensaje, las posibilidades de salir con bien de aquel berenjenal, eran muy escasas.

Cogí a Marshall de un hombro y, apoyando la pistola en su sien, le

obligué a incorporarse conmigo.

—No disparéis — pidió con voz de falsete.

Al levantarme sentí un dolor punzante en el hombro. Noté que la sangre discurría por mi brazo; cayeron algunas gotas sobre la alfombra.

Los gorilas se miraron en actitud dubitativa. Dos de ellos obedecieron pero un tercero tuvo que ver cómo mi dedo se cernía al gatillo para decidirse. La descubierta calva de Marshall estaba empapada de sudor.

Alegré las armas con el pie, lanzándolas debajo de un mueble.

Sonaron voces de alarma en el jardín. Sin perder de vista a los tres secuaces obligué a Marshall a que se asomase a la ventana para tranquilizarlos.

—No os preocupéis, lo tenemos —advirtió con un tono de voz poco convincente.

—¿Y esos disparos? — preguntó alguien.

—Los... Los ha hecho él pero no ha dado a nadie. Lo tenemos — insistió.

Hice que los tres gorilas levantaran el sofá y se sentaran en él.

Alfred Marshall estaba a mi lado; con el sudor de la sien humedecía el cañón de mi Walter P38.

—Creo que será mejor que hagamos un trato —propuso uno de los tres; el mismo que se mostraba remiso a soltar el arma—. Si nos abalanzamos sobre ti puede caer uno, puede que dos, pero eso no te salvará el pellejo. Y se trata de eso. ¿no?

—El primero en caer será tu jefe —respondí yo.

—En ese caso lo que me preocupa es quién será el segundo...

Alfred Marshall lo miró con odio.

—¡Maldito Judas! —escupió.

—Vamos, jefe, todos sabemos lo que hiciste con tus amigos...

Sus palabras quedaron interrumpidas por el silbido de varias sirenas.

Todos vimos cómo las luces de los coches policiales se aproximaban por el camino que conducía hasta la entrada del jardín. Supuse que la puerta cerrada no los detendría durante mucho tiempo.

Como puestos de acuerdo los tres tipos se levantaron. Debieron suponer que no pensaba liarme a tiros con ellos, que mi interés se centraba en Alfred Marshall.

Minutos después oímos el leve ronroneo de un coche que se alejaba en dirección contraria a la de los coches policiales.

—Cuando el barco se hunde las ratas huyen de él...

Marshall me miró a los ojos como queriendo adivinar lo que estaba pensando.

—Déjame ir y te haré rico.

—Una proposición tan sugerente como ésa serviría para que Anderson pisara el huerto, supongo.

—Anderson empezó a remover ciertas cosas... Hasta que le di una buena razón para que lo olvidase. No, no fue. nada tonto Anderson... Y tú tampoco lo serás, si aceptas...

—¿Y olvidarme de Carlitos, de un pobre guardacoches, y del mismo John Harvey?

—A ninguno de ellos los maté yo. ¡Te lo juro!

—Lo hicieron por orden tuya...

De pronto Alfred Marshall se lanzó sobre mí sujetando mi brazo armado con una mano y oprimiendo mi hombro herido con la otra.

Forcejamos hasta que conseguí propinarle un fuerte empujón. El naviero dio un traspiés cayendo de espaldas. Su mano tropezó con la automática cargada con balas de fogueo, la empuñó nerviosamente y oprimió el gatillo. Yo no me moví.

Se oyeron dos disparos casi simultáneos. El de Marshall fue algo más estruendoso. El segundo salió del Colt de reglamento del sargento Smith. El policía disparó desde el umbral, hiriendo en el pecho al naviero.

Smith iba seguido de Owen y un grupo de hombres uniformados. Les oí decir que habían detenido a unos individuos que intentaban la

huida en un coche.

El sargento y yo nos aproximamos al naviero.

—Esto se acabó — murmuró con un hilo de voz.

—¿No te parece que es el momento de escupirlo todo? —conminó Smith.

Marshall tuvo un acceso de tos. Puse uno de los cojines del sofá bajo su cabeza.

Diez minutos después, cuando llegó la ambulancia, el naviero era cadáver. El sargento Smith, Owen y yo habíamos sido testigos de su confesión.

—Hemos encontrado un taxista merodeando por los alrededores — dijo un agente.

—¡Tibbs! Le había dicho que se largara. Déjenlo ir.

El agente esperó a que Smith lo corroborase.

—Hágalo.

* * *

En cuanto los médicos de la ambulancia me hicieron una cura de urgencia partí con el sargento y Owen hacia la ciudad.

El teniente Peter Anderson estaba solo cuando entramos en su despacho. Al descubrir mi presencia su rostro fue perdiendo el color. No hacía ni dos horas Alfred Marshall le había dado a entender que mi «suicidio» era cuestión de dos o tres minutos.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó a sus hombres.

—Olvídate de eso ahora y lee esto —dijo Smith, como toda explicación.

El modo de ser tratado por uno de sus hombres fue tan elocuente como lo escrito en el papel.

—Pero ¿qué significa esto?

—Marshall, su socio, nos ha contado un montón de cosas antes de morir. Filmó y grabó varias de sus entrevistas con él valiéndose de una

cámara oculta. Era un modo de protegerse de usted y tenerlo en un puño, llegado el caso —intervine dejando sobre la mesa un pequeño rollo de celuloide.

El teniente Anderson lo cogió con manos temblorosas y encendió la lámpara de mesa para mirarlo al trasluz.

Peter Anderson se dejó caer derrotado sobre una silla. Era talmente una sombra del hombre que todos creíamos conocer.

—Esto va a traer muchas complicaciones. Toda la comisaría, incluso los de arriba, van a estar en entredicho —contestó, transcurridos algunos segundos de mutismo.

—Te das cuenta un poco tarde de eso... Demasiado tarde —advirtió Smith.

El teniente negó con la cabeza.

—No. Aún no es demasiado tarde.

Fijó en nosotros sus ojos grises. Los labios temblaron ligeramente cuando volvió a hablar.

—Dejadme sólo un minuto. Es cuanto pido: Un minuto.

Los tres nos miramos, levantándonos al unísono.

El disparo sonó como un trueno en las dependencias policiales.

CONCLUSION

Estuve dos días reponiéndome de la herida del hombro. Bruno D'Agostino me obsequió con su mejor muestrario de consejos.

También vino Susan a verme.

—Debo confesarte algo, Pat...

—Esto creo que es tuyo — la interrumpí.

—¡Mi medallón! ¿Dónde lo encontraste?

—En cierto sofá, de cierta villa de Tiburón...

—Entonces sabes que Marshall y yo...

—Entregaste el mensaje a Smith; por eso Marshall está criando malvas y yo sigo vivo. Me basta.

* * *

Jessica Harvey y Ronald Sarandon me recibieron en un chalet a orillas del mar. Miss Harvey me estrechó la mano, me llamó «el otro farsante», recordando la jugarreta que Ronald y yo habíamos urdido para hacerla regresar a Las Islas. Me preparó un combinado de ron, vodka y pippermint que me supo a dentífrico.

—Ignoro si su padre leía con frecuencia la prensa de la ciudad —comencé diciendo—, pero fue a través de ella como empezó todo. Justo el día que descubrió la foto de Alfred Marshall recibiendo el trofeo de campeón de tiro. Semanas después fue en una revista deportiva donde encontró otra fotografía del naviero. No se trataba de una instantánea como las anteriores; era una fotografía a color y muy superior la calidad del papel.

»Míster Sarandon me contó los avatares de su padre; la historia de los quinientos mil dólares y la muerte de sus amigos... Pues bien, desde el primer momento su padre creyó reconocer en Marshall a un antiguo camarada, a quien creía muerto, y que cuarenta años antes usaba otro nombre; Frank Newman.

—Pero ¿cómo podía estar mi padre tan seguro, después de tantos años?

—Yo creo que no lo estaba. Observe que transcurrieron cerca de tres meses entre la publicación de esas fotos y la oportunidad, surgida por azar, de verse cara a cara con el falso Alfred Marshall.

—En cualquier caso, si John tenía esa duda metida entre ceja y ceja, hubiera acabado por hacer ese viaje —dijo Sarandon.

—¿Mató Marshall a mi padre?

—Si no fue él lo hicieron sus hombres por orden suya. La telefonista del Chancellor Hotel descubrió a dos individuos fotografiando a un grupo de clientes que ocupaban algunas mesas de la terraza; supongo que Marshall quería estar seguro de que su padre era el John Harvey que conoció antaño.

—¿Quiere decir que lo venían siguiendo desde el puerto? Entonces es que Marshall estaba enterado de todo. De la existencia de mi padre, de su viaje y hasta del día exacto de su llegada. ¿Cómo es eso posible?

—Sin duda el propósito de su padre era obrar con cautela —sugerí sin perder de vista a Ronald Sarandon—, recorrer los lugares habitualmente frecuentados por Marshall y observarlo sin ser visto hasta haber salido de dudas. Sabía que si sus sospechas resultaban ciertas se las iba a ver con un asesino sin escrúpulos.

—¿Entonces, cómo supo ese hombre...?

—Yo se lo dije —intervino Ronald—. Mandé una carta comunicándole nuestro interés por participar en la subasta de ese barco, anunciándole nuestra visita... Tú sabes que es algo que siempre hacemos... En la carta no mencionaba el nombre de tu padre, pero no era necesario; el falso Marshall tuvo bastante con leer el membrete.

Jessica Harvey posó su mirada sobre el corpachón de Ronald Sarandon.

—Tú no eres responsable de nada, Ronald. ¿Cómo podías imaginar...?

Ronald Sarandon guardó silencio. Su repentina confesión y las palabras de Jessica parecían haberlo liberado de un gran peso.

—Como sabe —proseguí—, el cuerpo de tu padre no presentaba huella alguna de violencia. Lo obligaron a ingerir una buena dosis de alcohol para que su muerte pareciera accidental. La botella vacía encontrada en uno de los bolsillos, y la desaparición de esa caja de píldoras que siempre llevaba con él, lo confirmaban. Cuando Marshall supo que pese a la versión policial la hija de John Harvey había contratado los servicios de un investigador privado, se puso bastante nervioso.

»Me vieron hablar con Carlitos, quien debía saber algo; quizá fue testigo del momento en que secuestraban a su padre... Eso es algo que nunca sabremos, Marshall dejó ciertas lagunas en su confesión. Lo bien cierto es que Carlitos huyó cuando le mostré la foto de su padre. Los hombres del naviero que nos espiaban observaron esa reacción y decidieron eliminarlo fingiendo un suicidio.

»Una noche obtuve la prueba de que su padre había estado en las oficinas de Marshall, encontré la contera de su bastón de bambú. No servía ante la ley, pero yo tenía la seguridad de ir por buen camino... Las fotografías que su padre guardaba en un cajón de su mesa me hizo sospechar. Usted —dije entonces a Sarandon—, me hizo notar que las había encontrado debajo de un montón de papeles. No puso "ocultas" en su nota, pero lo dio a entender. Pensé que podía existir una estrecha relación entre esas fotos y su muerte. Por eso le pedí la fotografía en grupo de la que me había hablado en el transcurso de

nuestra entrevista. Efectivamente, encontré cierto parecido entre Alfred Marshall y ese Frank Newman. Esto me decidió por completo. Escribí unas líneas a Marshall, mencionando su verdadero nombre; la respuesta no se hizo esperar.

—¿Y por qué hace cuarenta años el falso Marshall, o Frank Newman, respetó la vida de John; con él muerto hubiera tenido la seguridad de no ser descubierto nunca?

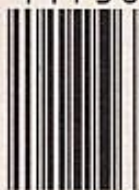
—Hay dos hipótesis: Una es que el falso Marshall fraguase la muerte de sus compañeros como único medio de hacerse con esos quinientos mil dólares desde el primer momento, y tuvo que aprovechar aquella ocasión a falta de otra mejor, conformándose con las tres cuartas partes del dinero. La segunda es, que míster Harvey escapara sin saberlo de una muerte cierta con su decisión —probablemente repentina—

de dar un paseo. En cualquier caso, ese punto no está demasiado claro... Tampoco en su confesión nos aclaró Marshall de qué medios se valió para llevar a cabo un triple asesinato. Sorprender a una de las víctimas y asestarle un golpe pudo ser fácil, pero, ¿y las



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

otras dos? Sabemos que el incendio sirvió para hacer pasar uno de aquellos cuerpos carbonizados por el suyo. En cuanto a la identidad del tercer cuerpo, era el verdadero Alfred Marshall; se presentó después de la marcha de míster Harvey. Se trataba de un mendigo a quien nadie iba a echar de menos.

—Eso parece estar de acuerdo con la primera hipótesis —argumentó

Ronald.

En cuanto a mi exposición de lo ocurrido en los silos y en la residencia del falso Alfred Marshall, fue poco menos que telegráfica. Por supuesto no mencioné ni de pasada al teniente Anderson.

Jessica Harvey había apoyado la cabeza sobre el respaldo del sillón de mimbre.

—Quizá sea mejor así —dijo, como pensando en alta voz—. Me refiero a que el asesino de mi padre esté muerto.

F I N